DIARIO DE CAMPO

Rosario Izquierdo Chaparro



DIARIO DE CAMPO

ROSARIO IZQUIERDO CHAPARRO



www.megustaleer.com

A Fabio, Bárbara y Jose, por la intimidad
A todas las mujeres que trabajan con mujeres

1

Entrevista número seis

La entrevistada número seis está contando que su madre le hizo creer desde niña que ella no servía para nada. No se recrea en episodios especialmente crueles ni se demora en la sordidez que haya podido rodear ese trabajo materno de desgaste psicológico. A veces guarda silencios expresivos y a continuación aclara, como si se diera cuenta por primera vez o hablase consigo misma, de que no se lo decía por hacerle daño sino porque la madre estaba enferma, pero que no era mala, lo único es que a mí me costó un poco más de trabajo creerme que yo sí era capaz de hacer otras cosas, no sólo de estar cuidando de ella, de mis hermanos chicos y de mi abuelo, vamos, que me costó un poco más que si a lo mejor hubiera sido mi madre de otra manera. Con este comentario y el silencio brusco y prolongado que le sigue, la entrevistada número seis se revela más hábil que otras mujeres como ella para acercarse a su propia historia con cierto distanciamiento y capacidad de síntesis. Mientras tanto la pequeña grabadora digital, silenciosa, de apariencia inofensiva, abre sobre la mesa que nos separa un surco por el que se cruzan preguntas breves y respuestas de una densidad que no les corresponde. No puedo evitar mirarla en algún momento para asegurarme de que sigue grabando, porque todavía me estoy haciendo con el manejo. Lo hago de reojo, intentando que la mujer no se dé cuenta, pero es inútil: son deslices que hacen que la entrevistada sea todavía más consciente de la presencia del aparato.

Pedí permiso al principio para grabar la entrevista, la conversación sobre trabajo que vamos a tener, dije, y saqué la grabadora. La mujer dejó escapar una risa corta, algo insegura, mientras se sentaba y ya

estaba presente el aparato entre quien pregunta y quien responde, comenzando a excavar esa trinchera. Ella lo miró con timidez mientras yo le informaba de nuestra política de protección de datos y cuando dio su consentimiento lo encendí, deseando una vez más lo imposible: que la mujer se olvidase de la grabadora. Ya sé que las confesiones más íntimas e incluso los llantos vienen al final, cuando doy por terminada la entrevista, agradezco la colaboración y desconecto el aparato silencioso. Sé que lo más intenso sucede al apagarse la lucecita roja. Pero preferiría que no sucediera, ojalá no tuviera que suceder: yo no estoy buscando conscientemente esa intensidad porque, como intenté explicar el otro día ante los alumnos del curso de doctorado, no soy psicoanalista, ni periodista, ni practico el sensacionalismo. Una alumna preguntó si era posible que la grabadora actuase entre las entrevistadas y yo como detonante de sus confesiones. Contesté que no. Al revés. La grabadora actúa en todo caso como detonante de sus contenciones, si fuera posible detonar y contener algo a la vez. El detonante de la confesión es la pregunta en sí, la mera pregunta, el hecho de que alguien, por el motivo que sea, muestre interés por cualquier aspecto de la vida de mujeres cuyas opiniones y biografías no suelen interesar a las personas que las rodean, a las del barrio de al lado ni a las que viven más allá, en la ciudad visible, visitada por turistas. Quizá la grabadora dota a la entrevistada número seis de cierta elegancia al contar cómo su madre no supo quererla o educarla, porque la va a frenar, pero a pesar de eso la confesión va a ser rica y abundante, va a desbordar los límites de lo que hemos pedido.

Es cierto que debemos atenernos a unos tiempos y dirigir las respuestas por los derroteros que previamente habíamos marcado. Pero hay que saber escuchar, hay que respetar esa tromba, a la que prefiero asistir con cierto recogimiento antes que con la rígida actitud de marcar límites. Hay que dejar que la gente se exprese, y aprender de ella. Si vais a trabajar con personas en riesgo de exclusión social y a hacerles entrevistas en profundidad es mejor que os olvidéis de recetas inflexibles y reforcéis vuestra capacidad de escucha, dije en ese curso, y creo que fue el único consejo que di. Expliqué que estamos

preguntando por el empleo en muchos casos a mujeres analfabetas, o víctimas de sus maridos, o que han sufrido desde niñas violencia dentro de la familia, o todo a la vez. ¿Cómo vamos a impedirles contar eso? Lo que no dije es que bastante hago con permanecer atenta y conseguir que mi cara no muestre la emoción que me causan muchas de esas confesiones. Necesitan contarlo para poder explicarnos por qué no han estudiado, por qué piensan que no sirven para otra cosa más que para limpiar casas, por qué creen que nunca podrán tener un trabajo «normal», como ellas dicen. Quizá sea bueno para ellas verbalizarlo ante una desconocida o quizá da igual, no lo sé, pienso mucho en eso, incluso me alivia creer que el acto de la entrevista pueda tener un efecto terapéutico. El efecto inmediato de ser escuchadas. A lo mejor a mí tampoco me vendría mal que llegase una desconocida abriendo un paréntesis en mi rutina con su grabadora de última generación y me preguntara: ¿y tú qué haces, en qué has trabajado antes, qué esperas del empleo, qué necesitas?

La grabadora evita el desbordamiento total, actúa como el muro de contención de un dique que reconduce solo, a veces sin mi ayuda, las trombas verbales de las mujeres, más rotundas en las de bajo nivel educativo que en las que tienen estudios, porque la pregunta a la que está respondiendo la entrevistada número seis cuando comienza a hablar de su madre no intentaba averiguar nada sobre su madre, claro está, la cuestión era otra y hubiera podido ser satisfecha con una respuesta mucho más breve. La entrevistada número cinco, por ejemplo, que tenía una diplomatura, resolvió pronto esa pregunta aunque luego se alargase en otras: dijo he trabajado en esto y en lo otro y en lo de más allá, y terminó. Sin embargo la misma pregunta se convierte ahora en un traje que se queda demasiado pequeño ante el poder de esa confesión que toma cuerpo, un traje pequeño y de un tejido inapropiado para la delicadeza de lo que contiene. Y habrá un momento en que ella diga, motivada en parte por la presencia de la grabadora: perdone que le esté contando mi vida, o: es mejor que me corte cuando haga falta, porque yo me pongo a hablar y no paro. Es lo habitual. Como habitual es la vocación y la historia laboral de la

entrevistada número seis, casi toda mi vida trabajando mucho y cobrando muy poco o sin cobrar, dice. Me cuenta que empezó a limpiar casas con doce años, sustituyendo a su madre cuando ésta no podía. No es la primera historia que escucho en primera persona de niñas que limpian casas o trabajan en bares como algo impuesto por la familia, pero también admitido por los adultos que les pagan y por toda la gente que lo presencia. Alternaba eso con la escuela y con el cuidado de una vecina anciana a la que le habían amputado una pierna, que le pagaba bien a la madre y acabó siendo para ella como una abuela, dice. Mientras tanto llevaba la casa prácticamente sola, hacía la compra y la comida, cuidaba de sus hermanos varones de diez y ocho años y de su abuelo, el cual tenía una depresión profunda y según ella estaba «impedido». Pronto tuvo que dejar los estudios y siguió trabajando, dando a la madre todo el dinero que ganaba. Declara que el cuidado a personas mayores es una vocación para ella, que su sueño era ser enfermera y que se arrepiente mucho de no haber seguido estudiando. Se manifiesta entonces la superficialidad de la pregunta previamente diseñada frente a la hondura del relato espontáneo que está siendo recogido con una excelente calidad de sonido por mi nueva grabadora digital, y siento vergüenza.

Enunciada con una frialdad supuestamente profesional o técnica, y sobre todo en un tono de voz impersonal que sonará luego con una estridencia prepotente y me desanimará mucho al transcribir, más alto del que ahora emplea la entrevistada, la pregunta se me hace también vulgar y plana: «¿Cuál fue tu primer empleo?». O tal vez haya sido: «¿En qué has trabajado antes?». No sé si tengo derecho a que esas pocas palabras asépticas me abran las puertas de tanta intimidad. Hogares repletos de gente, escuelas inhóspitas, calles y plazas devastadas, territorios de infancias y adolescencias y relaciones conyugales que a casi nadie más que a sus protagonistas les ha sido posible vislumbrar hasta ahora. El objetivo es otro, en apariencia: intentar establecer su trayectoria profesional con cierta lógica lineal, un antes, un durante, un después. Siempre acabamos descuartizando así la complejidad, por mucho que dejemos constancia en la parte

teórica del informe de algunas sutilezas, como que en realidad sabemos que las trayectorias biográficas y profesionales se parecen más a un bucle o a una espiral que a una línea recta, y que las historias de vida dejaron de tener una lógica lineal para la sociología cuando Bourdieu explicó que habían dejado de tenerla para la literatura gracias a Faulkner o a Virginia Woolf. Esa supuesta línea se ve mil veces interrumpida en las mujeres que trabajan fuera de casa, fragmentada, truncada bruscamente y vuelta a retomar al cabo del tiempo. No obstante sigue siéndonos útil la lógica lineal, sobre todo en investigaciones cortas pagadas con dinero público, en las que explorar el bucle se aleja demasiado del presupuesto.

Cuál fue tu primer empleo, en qué has trabajado antes o hasta dónde has estudiado son cuestiones que buscan delimitar el antes; en qué trabajas ahora o desde cuándo estás en desempleo y qué haces para buscar trabajo buscan el ahora, el durante; en qué te gustaría trabajar si pudieras elegir pretende esbozar la proyección de futuro. También preguntamos a las mujeres sobre sus redes personales como puentes para el empleo: qué personas conocidas crees que podrían ayudarte a encontrar trabajo o a cuidar de tus hijos mientras trabajas. Nadie, no tengo a nadie, sólo a mi niña chica, me dijo el otro día una mujer muy joven que ha tenido que cambiar de ciudad para protegerse de su pareja y no mantiene contacto con la familia porque su padre y su madre la rechazan. El bucle y el presupuesto se llevan mal. Habrá luego que hacer una criba con todo lo que han contado y sentiré que tengo entre mis manos poderosas confesiones con las que apenas puedo hilvanar algo, pues acabaré redactando a toda prisa —porque se acaba mi contrato— un informe que intente reflejar cómo viven las mujeres el empleo y el desempleo. Yo misma soy una de ellas. Antes, durante y después. Parece fácil. Y debe parecer así de simple.

Comencé a acercarme a este barrio con precaución, como si fuera un hombre agresivo que me estuviera amenazando. La primera mañana era muy parecida a ésta: el frío, la niebla y las mujeres ecuatorianas y marroquíes que viven en las barriadas de alrededor acomodándose solas o con sus bebés en el interior del autobús. Me bajé en el mismo

sitio que hoy, justo en la frontera donde el autobús llega al punto más lejano de su recorrido con una cobardía que le impide internarse y se dispone ya —cerrando con un suspiro de alivio las puertas detrás de mí— a regresar al centro. Crucé al otro lado de la avenida, que aísla por el sur al barrio del resto de la ciudad. La niebla fría bajaba de los bloques y se colaba entre los contenedores para mezclarse con la basura de la calle. Era cuando ya se habían apagado las fogatas de la noche en las aceras y sólo quedaban sus rastros carbonizados tiñendo suelos y paredes, sólo la huella del humo congelada en la mañana de enero. Yo comenzaba a sortear cristales rotos y excrementos de perros, por eso apenas veía el cielo gris entre las alturas de los edificios. Todavía no se escuchaba música saliendo de las ventanas, eso sería más tarde, cuando comenzara a despertarse la gente joven que dormía en el interior. El autobús que acababa de dejarme en la esquina se alejaba tras haber recogido a gente de las otras barriadas, y sin que nadie aparte de mí se hubiera bajado. No se veían personas que salieran del barrio para ir a trabajar, a estudiar, o se internaran en él a esas horas. Acababa de atravesar la ciudad humeante de café con leche y había visto gente activa, que entraba en las cafeterías a desayunar, caminaba deprisa o conducía sus coches hacia algún sitio, quizá por eso al entrar percibí con tanta fuerza la quietud extraña. Fue así un día y otro día. Sólo al internarme comenzaba a ver cierto movimiento, que no era el ajetreo de la ciudad que había quedado a mis espaldas. Tal vez aparecía saliendo de la niebla un hombre que también tenía prisa, pero no vestía ni se alimentaba igual que los que yo acababa de ver. Salía de la niebla para ir a una esquina, o acaso venía de esa esquina y se perdía en la niebla con pasos cortos y muy rápidos, sin mirarme, envejecido, con la urgencia de quien va a comprar mercancía que le es vital. Corre, compra, consume y espera en algún sitio a que llegue la hora de volver a repetir el mismo movimiento. Al principio me asustaba si en vez de un hombre eran dos, hasta que comprobé que tampoco por ir juntos reparaban en mí, que su prisa siempre era más importante que mi presencia. Pronto comencé a fijarme en unos pocos jardines que amanecían bien cuidados a los pies de algunos bloques,

respetados por los fuegos de la noche y por la basura sin horarios. Me di cuenta de que esos jardines me ayudaban a adentrarme en el barrio como si alguien me diera amablemente los buenos días, y comencé a agradecer las flores frescas, el jazmín florecido en pleno invierno y los árboles que habían conseguido mantenerse a salvo una mañana más.

A primera hora no solía ver mujeres que fueran con la misma prisa de esquina que los hombres. Las encontraba más tarde, cuando salía para comprar un bocadillo o un zumo a la tienda de comestibles y el barrio comenzaba a despertarse. Ahí ya estaban las mujeres con prisas de esquina. Parecidas a ellos, puede que un poco menos sucias, algo más compuestas todavía, excepto las muy deterioradas, que iban hablando en voz alta, con sus parejas ruinosas, de papelas y precios. Pero abundaban las del carrito de la compra y zapatillas de andar por casa, más bien con prisas de cocina, con risas escandalosas o miradas muy tristes. Lo normal, lo anormal. Igual que los hombres huidizos, que unas veces aparecían ante mí como víctimas y otras como verdugos, esos conceptos comenzaron inmediatamente a sufrir mutaciones, mientras yo buscaba la distancia adecuada para situarme como observadora imparcial, pues quería creer que esa imparcialidad era posible. A un lado pretendía estar yo y al otro lo normal y lo anormal, caras de una misma moneda que, como un yonqui de larga duración o una mujer entregada a la grasa y a la bollería industrial, adelgazaban o se hinchaban agresivamente ante mí distorsionando su significado aparente. ¿Acaso no había oído desde niña, en casa, que yo no era «una persona normal»?

Cuando la niebla se marchaba dejando humedecida la basura en las aceras, aparecían en la plaza algunos puestos de venta ambulante y era agradable ver las frutas y verduras, la ropa, los zapatos, los discos pirateados y la gente que compraba y vendía todas esas mercancías. Comencé a acudir cada mañana, sola o con alguna compañera, a la tienda de comestibles que había en la plaza. El olor del pan tostado, del café y los churros que preparaban en el bar de al lado, reconciliaba al barrio con la ciudad que había olido así tres horas antes. Cada cual tiene su ritmo, pensaba yo. Las personas, las esquinas, los barrios.

Muchas veces me había rebelado contra la normalidad, por eso intentaba no juzgar, sólo observar, respetar el movimiento, intentar acoplarme. Me repetía no juzgues y vete acostumbrando, seguirás viendo gente como la que hay en cualquier barrio pobre, y también zombis acudiendo a las esquinas. No creas que te necesitan: sólo puedes aspirar, de momento, a que te ignoren. Prevalecía no obstante la inquietud prepotente de querer arreglarlo todo, por lo menos de pensar que yo podría arreglar algo. Movida por esa especie de superioridad ingenua que da el haber pasado por la universidad y haber leído algunos libros que allí nadie había leído, veía muy clara la necesidad de iniciar procesos participativos, como una heroína capaz de sacar a todas esas mujeres del agujero. Seguía una lógica tan unidireccional como esta falsa conversación. Es decir, sin imaginar siquiera la posibilidad de que fueran esas mujeres las que me sacaran del agujero a mí.

La entrevistada número seis dice que sabe que por colaborar y hacer esta entrevista no van a darle nada, que le parece muy bien que nosotras investiguemos tanto y ojalá sirva de algo, pero que ella lo que quiere es que le den un trabajo en condiciones. Aunque le dije al principio que podía tutearme, parece que se siente más cómoda llamándome de usted. Me pide que la tutee yo a ella. Paqui, su orientadora, me ha contado que ha sido maltratada por su marido y que llegó aquí cuando acababa de separarse de él. Ella todavía no ha dicho nada de eso, pero es posible que lo mencione. Antes explica que no quiere contarme su vida, lo que pasa es que las preguntas que le hago parecen fáciles pero tienen «mucha tela que cortar», porque me pregunta usted por el trabajo, dice, me hace usted acordarme de cuando dejé los estudios, dice, ¿así cómo no voy a contarle mi vida? Opina que es casi imposible que las mujeres de este barrio lleguen a la universidad, y supone que nosotras nos habremos esforzado, pero que también habremos tenido apoyo en nuestras casas porque si no, según ella, no se explica que una mujer llegue tan lejos. La entrevistada número seis piensa que yo he llegado lejos. Para ella, con un padre que estaba preso y una madre que «andaba mala con el alcohol», fue

imposible seguir, no hubo manera, limpiando casas desde chica, dice, cuidando de todos, dice.

«Iniciar procesos participativos». Sonaba bien. Cuando iba en los autobuses que me acercaban al barrio, dejaba que la idea fuera creciendo y alimentándose de su propio eco, cada vez más redondo. El paréntesis de la casa y de los hijos había sido largo. Mujeres solas en el barrio, aisladas, sin redes de apoyo. Conforme hacía a pie el trayecto hasta la parada del autobús empezaba a sentir la cercanía de experiencias nuevas, diferentes a las que había tenido en los últimos años. A veces se disfrazaban con términos que establecían distancia entre ellas y yo, procesos de segmentación laboral y de transformación personal, necesidad de contactar con los agentes sociales necesarios. El camino a la periferia aparecía sembrado de indicios excitantes que me estimulaban. Demasiado tiempo en situación de estatismo, y ahora esa promesa de acción. En los transportes públicos alumbraba ideas que me hacían llegar al zulo ligera y ágil, dispuesta a dejarme abrumar por las cifras que consultaría compulsivamente de nueve a doce, a embotarme de lecturas que para algo habrían de servir. Movimiento, justicia social, cambios. Para el barrio, para mí. Conocer a las mujeres, facilitar que se asocien, participen y trabajen. Ser, de una vez por todas, mujer «profesional», segura de mí misma. A media mañana lanzarme a las calles sin miedo, como una antropóloga decimonónica que acude a una tribu desconocida, llevada por el tam-tam hipnótico de tambores que la convocan en un continente lejano, dispuesta a olvidarse de sí misma y a absorberlo todo, desnuda de prejuicios o ideas preconcebidas.

Los retos aparecían en forma de esquinas mugrientas, viejecitas maltratadas por la vida y reyertas de toxicómanos que detectaba a una distancia prudencial, de las que acababa alejándome muerta de miedo. Ante los gritos de la tribu, el ruido de cristales rotos y las armas blancas que relumbraban bajo el sol, la opción metodológica más recomendable era escapar. Luego, con el corazón acelerado, me acercaba a la plaza, en la que desde un puesto ambulante alguien me ofrecía tres pares de bragas a tres euros. Me hicieron falta por lo

menos diez días para dejar de mirar con estúpida altivez esos paquetes de bragas y comprarme uno. Diez días de reflexión sobre lo que es normal o anormal me parecen ahora demasiado, aunque tal vez no lo fueran entonces. Y eso supuso romper el hielo, la necesaria presentación oficial, un protocolo que nadie te enseña pero que es necesario pasar de una u otra manera pues, aunque sus habitantes parezcan no reparar en nosotras, saben bien quiénes somos y qué vamos a hacer allí. El barrio siempre nos conoce antes de que nosotras lo conozcamos.

Son muy buenas, de licra, me dijo estirando entre las manos unas bragas de muestra la niña que las vendía, una belleza de ojos castaños, pelo negro y no más de doce años, tal vez trece, aunque con cuerpo y experiencia de dieciséis. En realidad las bragas eran de algodón, pero ya me había dado cuenta de que la licra tenía fama de ser el material textil supremo en la placita de los puestos ambulantes, porque todo lo que voceaban lo ofrecían como licra: pijamas de licra, sujetadores, pantalones, vestidos y hasta delantales de licra. Ese desprestigio del algodón y del acrílico cien por cien, que eran en realidad los tejidos más comunes en el mercadillo, marcaba la expresión de la modernidad para aquellos consumidores entre los que ya me incluía por derecho con mi flamante paquete de bragas, y hermanaba a los euros y al tejido elástico como máximos exponentes del confort, la elegancia y las novedades del siglo XXI al alcance del barrio. La muchacha que me las vendió movía los brazos y la melena como si estuviera bailando, tenía en la mirada una inteligencia luminosa, era elástica como la licra. Antes de preguntarle que por qué no estaba en la escuela pensé que sería mejor presentarme. Ella se llamaba Jessi y comenzó a hablar conmigo, a contarme que sí iba a la escuela, menos los días que tenía que vender, y que la maestra lo sabía y la dejaba. El padre joven y tatuado de Jessi me vigilaba con cara de pocos amigos mientras revolvía las bolsas de ropa, se fumaba un porro y gritaba, mirándome sólo a mí: «¡Chandas» de licra a seis «leuros»!, grito que venía a significar quítate, paya, de mi vista cuanto antes y págale ya las bragas a la Jessi, y me hacía recordar sutilmente que el respeto a la cultura de

los colectivos en riesgo de exclusión es prioritario. Así que pagué las bragas y me despedí de ellos, entré en la tienda de mostrador enrejado a comprar un bocadillo y un zumo y luego volví a mi oficina. La hermosa Jessi me despidió con su mirada luminosa y un *piercing* en el ombligo que asomaba entre el jersey y la cintura baja del pantalón, con la sombra de su padre sobre ella, más espesa que sus pestañas y más horadante que su *piercing,* desafiando desde el mercadillo la silla vacía que había quedado en la escuela y mirándome como a alguien cuando menos incómoda para él, si no como a una enemiga.

No sé si puedo ayudarte como tú esperas, en realidad soy yo la que te está pidiendo ayuda, porque tu opinión sobre el trabajo en general, y también sobre lo que se hace aquí, nos interesa mucho. Ya te he dicho que psicóloga no soy. Si sacas el tema porque te parece que tiene relación con las preguntas que te hago, yo te escucharé con respeto y atención, pero siento no poder ayudarte. Cálmate, venga. No es necesario que entres en detalles dolorosos. Puedes hacerlo sin pasarlo mal.

Y se endereza, se observa las dos manos que pasa sobre la falda vaquera como alisándola, me mira. Le doy un pañuelo de papel, saco chicles de hierbabuena sin azúcar para las dos, lleno los vasos de plástico con agua mineral de la botella, que todavía está fresquita. La grabadora recoge el silencio entre nosotras. Me dan ganas de abrazarla. El pelo bien recogido, la ropa limpia. Se disculpa por haber llorado, dice que habrá sido al acordarse de su abuelo, que fue la única persona que le dio una educación.

Me sentía débil cuando llegué al mismo dispositivo de empleo en el que estamos haciendo esta entrevista, hace siete años. Trabajaba en la parte de atrás, junto a las aulas, apartada del resto de mis compañeras porque no tenía que tratar directamente con las personas que acudían a las oficinas del otro lado. De esa manera conseguía horas de aislamiento y concentración para leer, consultar cifras estadísticas o escribir, horas en las que recibía con nitidez los olores y sonidos que venían desde la calle y los patios interiores. Internet me mantenía en contacto con el resto del mundo, aunque todavía me esforzaba por

conocer todas sus posibilidades, explorando y aprendiendo también en casa, con las clases aceleradas que me daba mi hijo. Las más recientes investigaciones participativas y las teorías sobre exclusión social que la pantalla ponía a mi disposición en aquella oficina-zulo, que solía inundarse cuando llovía, se mezclaban con el humo de los alimentos fritos en aceite de semillas, mientras una mujer que vivía en el primer piso cantaba, subiendo sin irse de tono e incluso haciendo bien la segunda voz, los grandes éxitos de Rocío Jurado, que fueron muchos y sin duda estaban todos en su poder, en un disco que debía de ser doble o triple, capaz de rivalizar durante toda la mañana con varios de Camarón, Haze y SFDK, que bajaban de otros pisos también a todo volumen. A veces me escapaba del jolgorio musical y exploraba las barriadas anejas, hablaba con representantes de las asociaciones de vecinos, intentaba pulsar el movimiento de la gente en las calles, retener el colorido de la ciudad en esos márgenes. Leía y escribía, salía y observaba, regresaba y volvía a escribir. A menudo sentía que el barrio estaba tirando de mí, que alteraba mi lastre de ideas preconcebidas haciéndome analizar mi vida y ver mi casa desde fuera. Me procuraba una distancia más profunda de la que podría haberme facilitado cualquier separación temporal, cualquier viaje o cambio de residencia. Notaba cómo el barrio era capaz de infiltrarse hasta zonas interiores que habían permanecido largo tiempo anestesiadas, y unas veces me estimulaba y otras me paralizaba de manera extraña, como si yo no fuera capaz de encontrar el ángulo preciso para mirarlo o comprenderlo.

Los pasos formativos y laborales que va dando cada vez son más sólidos, y eso le hace coger fuerza. Tengo la misma edad que ella pero no se lo he dicho, podría condicionarla, podría desagradarle la coincidencia, en todo caso no añadiría nada a lo que buscamos, y no estamos aquí para hablar de mí. Aunque me despierte una ilusión especular y la convierta en una especie de amiga de la infancia, debo reprimir esta intención repentina de confesarle mi edad. La grabadora me ayuda a no olvidar qué hago aquí. También reprimo la sorpresa ante el hecho de que su Iván, el mayor, sea tan delicado con la ropa. El

adjetivo «delicado», que repite varias veces al hablar de las exigencias de su primogénito con la comida, los suavizantes y la plancha, no lo hubiera asociado nunca con él, tras haber visto su firma asilvestrada sobre el metacrilato de la parada del autobús y en las paredes de los bajos comerciales: una especie de borrón sucio que dice «Straker» sin los adornos de colores ni las rúbricas limpias y poderosas que otros colegas suyos les ponen a sus firmas. En eso no se parece a mi hijo, que no tiene esa delicadeza y lo mismo le da si su ropa está planchada o no, más que nada quizá porque debe plancharla él.

Cuando el autobús avanza y Sevilla comienza a perder su característica huella arquitectónica, baja de los tendederos visibles de los bloques un penetrante olor de suavizante que a veces consigue colarse por las ventanillas, y me pregunto qué estarán haciendo entonces las mujeres que han lavado toda esa ropa expuesta sin pudor ante mis ojos. Veo las bragas gigantescas de las abuelas, los calzoncillos y sostenes de diferentes tallas, el mantel todavía con manchas de vino tinto barato y los tangas negros de las adolescentes ventilándose en el aire urbano de humos y cielo abierto. El jazz de las noches que viví hace siete años en el local que frecuentaba acompañada o sola, al poco de empezar a trabajar allí, viene siempre conmigo en ese autobús, pero conforme avanzamos comienza a perder fuerza y va siendo vencido por la creciente luz y por la cercanía del gueto. Es cuando llevo conmigo el centro de la ciudad a los barrios infames. Casi nada ha cambiado. Fronteras de autopistas, descampados inhóspitos, vías de ferrocarril y calles cuyos nombres desconoce el resto del mundo aíslan el barrio en el que estoy a punto de adentrarme. Los grafiteros adolescentes ensayan sus firmas sobre paredes manchadas anunciando que están cerca y quieren dejar su huella en el territorio fronterizo donde todo se desdibuja. Necesitan destacar entre aquello que es visto desde lejos como una misma sustancia maloliente y viscosa a la que sería mejor no acercarse para no ser engullida por ella. En sus nombres imposibles concentran un grito agudo y vaporoso de espray que debo escuchar con atención, pues marca el inicio de un sendero del territorio que sin haber pedido

nuestra presencia nos acoge otra vez. Noches que se nutren de barrio y permanecen larvadas al amanecer, noches que imagino violentas y agresivas mientras tomo una copa en el bar del jazz, que me atraviesan como la idea de la muerte atraviesa a una mujer enferma y se adhieren al sofá abandonado en medio de la calle, al coche de cristales rotos que utilizan hombres y mujeres para chutarse frente a la oficina, hasta que una mañana amanece incinerado y es cuando vienen a recogerlo los del ayuntamiento, pero la noche en que lo quemaron se ha enquistado en la memoria matutina del barrio y habrá dejado en la niebla un rastro de cenizas a cuyo encuentro me dirijo conforme dejo atrás las murallas.

Para salir de allí en las tardes de diciembre, cuando las calles de fuera comenzaban a alumbrarse con luces de navidad y escaparates, me desviaba por la plaza hasta llegar al autobús que huía por la avenida iluminada, y comprobaba cómo en navidad las hogueras comienzan aquí antes y enlazan más a menudo la noche con el día. Siempre me he preguntado qué quemarán ahí, dentro de esos bidones grandes de latón cuyo humo huele a rayos tóxicos. Alrededor los niños y no tan niños no paran de tirar petardos, por la acera de la oficina uno que no tendrá más de diez años me asegura muy serio que se la voy a chupar y luego acelera la marcha de su bicicleta, llevado por el mismo impulso navideño y festivo que hoy continúa alumbrando con cientos de luces intermitentes algunos de los balcones de los bloques. Me da pena y miedo a la vez. Me hace desear volver a casa, abrazar a mi marido y a mis hijos. Creo recordar todavía su cara, como si estuviese mirándome ahora detrás de cualquier ventana. Casi nada ha cambiado, ahí están esos papanoeles y reyes magos de fieltro que escalan sin descanso, como en los balcones de las mejores familias de clase semitrabajadora. Señora, ponga un papanoel escalador en su ventana y a ser posible un árbol cuajado de bombillas psicodélicas, y sea capaz de alumbrar y de olvidar por unos días la zona gris. No se verán en todo el año las esquinas tan pobladas como ahora a media tarde, cuando acuden desde las calles iluminadas los jóvenes normales de buenas familias a comprar hachís y papelas de blanca amparados

por la penumbra cómplice. Las motos van y vienen, apenas hay muchachas, sólo chavales y hombres de todas las edades envueltos en humo, seguro que entre ellos está Straker, seguro que su madre también tiene un balcón iluminado con papanoel escalador y rescata ahora en navidad algún recuerdo de su adolescencia, muy pronto detenida por el hijo imprevisto.

Dice que Paqui, su orientadora, es la única que puede saber por lo que ha pasado ella, y conocer los cambios que ha tenido desde que llegó al dispositivo de empleo. Que Paqui acaba de ser madre y será una madre cabal, como decía su abuelo. Que ella no fue tan cabal porque era demasiado joven, por eso su Iván-Straker es el que lo ha pasado peor y ha tenido que ver más que los otros. Agradece que su hijo la anime a trabajar y a arreglarse, porque otros no quieren que sus madres ni sus hermanas lo hagan. Pero ella lo que quiere es que trabaje él, y cree que esta vez lo conseguirá, en el módulo de Carpintería Metálica de la escuela taller donde Paqui ha conseguido que se apunte. De su hija Vane ha dicho antes que temía que le viniera cualquier día de éstos «con una barriga», pero ahora se corrige. Dice que Vane es estudiosa y responsable, que su tutora del instituto incluso la felicita por ella, y lo de la barriga lo ha dicho porque una amiga suya se acaba de quedar embarazada y eso le da miedo, pero que sabe que su hija, «si se acuesta, no se acuesta así como así». Su hija quiere estudiar, ya va por el Bachillerato y no se va a quedar atrás como se quedó ella. Para atender y educar a Samuel, el de diez años, que es muy nervioso, está ella mejor preparada como madre, dice, porque ahora se siente fuerte.

Mucha gente no sabe lo que es vivir sin que nadie te anime desde chica a hacer algo bueno, quiero decir alguna cosa necesaria para una, ¿me entiende usted? Pero yo sí lo sé. La mujer sigue hilvanando afirmaciones que no le he pedido. Rebotan contra las paredes y luego son envasadas al vacío para desconcertarme en momentos futuros, cuando recuerde las punteras desgastadas de esos zapatos que a veces mueve con impaciencia.

Más tarde, en la permanencia del insomnio, su voz sonará como por

primera vez. Me he despertado de pronto a las cuatro y media de la madrugada, tras tener un sueño tormentoso que, aunque lo intento, no puedo recordar. Procuro dormirme otra vez, pero es imposible. Vuelvo a mirar la hora. Demasiado tarde para tomar cualquier pastilla. A tientas busco y me pongo mi jersey de lana viejo, y después bajo las escaleras sin hacer ruido, para que nadie se despierte. En el recibidor cojo la grabadora y los auriculares, que no había sacado de la maleta de trabajo. Los conecto y enciendo el aparato mientras pongo a calentar agua para una tila con miel. Cincuenta y ocho minutos con doce segundos dice el contador digital que ha durado la entrevista número seis. Las voces retumban en el aula vacía que me cedieron. Aun así la calidad del sonido es buena. Está diciendo que ella ha pasado navidades muy amargas. Eso era casi al final, pero freno y me voy casi al principio, rebobino la cinta virtual (no lo puedo evitar, todavía pienso en cintas). El agua comienza a hervir en la tetera eléctrica. La casa está fría. Me calentaré las manos cogiendo entre ellas la taza de tila. Me sentaré en el sofá. No quiero fumar ahora. Su voz confiesa en la penumbra que fue madre muy joven y que su marido empezó pronto a estar mal por culpa de la droga, se volvió otra persona, ya no era él, como le pasó a mi padre, dice. La historia que se repite, usted sabe, en mi vida por desgracia se ha repetido la historia. Puedo ver sus ojos claros buscando complicidad. Con una manta sobre las piernas empiezo a beber tila a sorbos muy cortos mientras me pide perdón por contar eso: dice que lo hace para explicar por qué se fue metiendo ya en la limpieza y de ahí ni se le ocurrió salir. Hacer cursos para aprender una cosa nueva, para buscar algo mejor y para mejorar yo misma, como dicen ustedes, eso a mí no se me ha ocurrido en la vida, y menos desde que empecé a tener hijos, a los diecinueve años. Eso no era para mí. Tampoco nadie me dio la idea, pero de todos modos no tenía tiempo, porque lo primero es lo primero, y cuando nadie más lleva dinero a tu casa tienes que llevarlo tú. Oigo un comentario mío que suena estúpido o fuera de lugar. Mi voz siempre tan lenta me irrita, no me gusta escucharla grabada, y aun menos cuando adopta ese tono «profesional» que pretende ser amable pero en

realidad es frío. Ahora sí me doy cuenta de lo que vale aprender y de que yo puedo, porque a mí hasta se me había olvidado que yo servía para aprender, dice.

Cuando miro por la ventana descubro que está lloviendo. La húmeda oscuridad de la noche me acompaña. He dejado encendida la luz de la cocina y aquí sólo enciendo ahora la vela grande que me regaló mi hija por mi cumpleaños, proyectando sombras alrededor. Pulso la tecla y avanzo, me salto una parte de la grabación y otra vez escucho. Toda mi vida he sido lo que decían los demás, no lo que yo quería ser. En el silencio que sigue resuenan esas palabras. Encierran otras voces ajenas que he escuchado desde que retomé mi vida laboral, otras voces conocidas que llevo escuchando siempre. A ratos parecía que hablara por mí. Ese eco interior, esa resonancia, se acompasa en la madrugada a los latidos del corazón. La diferencia con mi madre es que yo no pagué mi desgracia con mis hijos. Los que nacen no tienen la culpa de nada, no tienen la culpa, dice. Apago, cierro los ojos, respiro profundamente y bebo tila. La escucho ahora en las sienes.

Ayer por la tarde le grité a mi hija, perdí la paciencia con ella. Luego le pedí perdón. Después la observé durmiendo. Ahora en la noche insomne creo que la siento crecer. Conozco esta sensación de extrañamiento y vacío mientras sus huesos continúan alejándose un poco más de mí. Vuelvo a la otra madre. Enciendo. Hay un silencio prolongado. Hay una ausencia de voces. A lo lejos se escuchan sonidos de la calle del barrio por la mañana, un coche que pasa, una moto que se acerca, alguien que grita llamando a alguien mientras la grabadora continúa en funcionamiento. Todo suena ahora, aquí, con otra profundidad. La veo sentada frente a mí, al otro lado de la trinchera. Digo que, si le parece, volvamos al tema del empleo, y le pido que piense en qué le gustaría trabajar si pudiera elegir, en lo que quiere hacer. Ay, lo que quiero hacer, lo que quiero hacer, si no he dejado de limpiar en mi vida, dice. Se toma otro respiro. Sí, le contesta mi voz, pero me refiero también a lo que tú estás dispuesta a intentar y a cambiar en ti para conseguirlo. Se queda callada y lanza una risa involuntaria, nerviosa, seguida de otro silencio. Puede que fuera

entonces cuando le miré las manos. Me fijé en sus dedos desinfectados, machacados por la lejía.

Apago y me levanto a calentar más agua. Yo también sigo limpiando, pero limpio para mí, para nosotros, y vivo con un hombre que ha aprendido a limpiar. Puede que todo sea más fácil con un hombre que sabe limpiar. La cocina me devuelve la realidad del ahora. El agua caliente. Los pies casi fríos. La carne con tomate que he congelado esta tarde para dársela a mi hijo cuando venga a visitarnos.

El frío de la casa es el frío de la ausencia del hijo. Ella hubiera podido comprender la alegría por su temprana independencia, pero también la tristeza del vacío, que al principio se mezclaban sin control, y me descontrolaban. El mío necesitó menos que Straker: apenas veintiún años para volar. Acababa de cumplirlos.

Decido sustituir la tila por el rooibos que me trajo mi hermana de Granada, y saco una tetera pequeña de cerámica donde colarlo y dejarlo reposar. Sigo queriendo lo mismo, ser enfermera, eso no ha cambiado, por mucho que cambie el mundo, porque mira que cambia rápido el mundo. Guarda silencio, como esperando una respuesta. Es verdad, le digo.

La gente que nos quiere se alegra de veras. Dicen que hemos tenido suerte por tener un hijo tan independiente. Creen que es cuestión de suerte. No sé cómo viviría la marcha del hijo la entrevistada número seis. No podemos saber siquiera si eso alguna vez le sucederá. En el barrio no es normal que se vayan tan pronto. Ni en el barrio ni fuera. Tampoco hemos sido normales en eso.

El reloj marca las cinco menos diez.

Carne con tomate, chocos en salsa, albóndigas, crema de calabaza y caldo del cocido, repaso mentalmente sin dejar de escucharla. Con eso puede aviarse para cuatro o cinco días, con lo poco que para ahora en su casa. A ver si antes del fin de semana me pongo y le preparo unos canelones, su plato preferido.

Un contrato de cajera por el último curso y las prácticas que he hecho, que mi Iván esta vez no abandone la escuela taller, que mi hija siga como va y soy la mujer más feliz del mundo: no pido más.

Ni una sola de mis amigas o de mis compañeras de universidad tuvo hijos a los veintidós. Esperaron más años. Todas. Retiro el agua a punto de hervir. La entrevistada número seis tiene el dolor del hijo enquistado. La grabación continúa. Yo no sé, parece que las mujeres..., dicen que tenemos mucha intuición, y a lo mejor es verdad: yo sentí muy fuerte una mañana que mi abuelo se iba a morir y por la tarde se murió, sin dar guerra, sin molestar a nadie. Silencio. Dejo reposar el rooibos. Como vivió, así se murió. Lo cuelo. En la misma casa donde sigo viviendo con mis hijos, allí fue, donde yo he vivido siempre. Me explica exactamente cuál es su bloque, el número y la letra del piso, repite su nombre con sus dos apellidos y dice que allí tengo mi casa.

Los pisos del barrio son grandes y de buena calidad, y en su bloque parece haber un vecindario tranquilo, de los que se ponen de acuerdo y se turnan para tener un jardín bien cuidado a la entrada.

No es que yo esté todo el día cocinando para él: llevaba por lo menos tres meses sin congelarle comida, pero ahora tiene mucho trabajo, por las tardes se ha apuntado a algunos cursos y duerme menos, lo noto cansado cuando me llama por teléfono.

Me gustaría tomarme esta infusión con ella, pero nunca vendrá a mi casa, ni yo iré a la suya.

No sé, esto que usted me pide es como el cuento de la lechera, pero quién dice que si acabo en el supermercado no soy capaz luego de ponerme a estudiar: a las de más de cuarenta, cuando nos lanzamos, no hay quien nos pare.

Cuando se fue de casa mi dolor fue el propio de los huesos que se estiran, un poco de fiebre, una calentura, un vómito pasado a solas, y se acabó. Como crecer. Los hijos enquistados deben de doler más tiempo, y puede que más profundo.

Sería seguir haciendo lo que he hecho desde chica pero con un título, con un sueldo mejor, con unas vacaciones, que ya está bien de no tener donde caerse muerta cuando una no ha parado de trabajar en la vida. A lo mejor enfermería no va a poder ser a estas alturas, pero cuidado de ancianos, auxiliar de ayuda a domicilio sí, ¿verdad? Para cuidar, para acompañar.

Hace dos o tres semanas me llamó por teléfono para preguntarme si se podía congelar la mayonesa.

Yo para cuidar a la gente sirvo, eso sí lo sé. Y hay tanta gente sola…

Me oigo dándole las gracias, deseándole que le vaya bien en todo, en el trabajo, en la vida. Mi voz irritante, lenta. Ella me da las gracias a mí. Nos despedimos, con dos besos y un abrazo que la grabadora no ha sido capaz de recoger en toda su profundidad pero que llenan de calor la noche. Ya tengo el antes, el durante y el después. Termina la grabación. Su eco se multiplica entre las sombras, sigue llenando el silencio durante muchos minutos.

El reloj marca las cinco y media. Quisiera saber qué hacer con todo lo que va a quedarse fuera del informe, preservar de alguna manera lo que ha tenido lugar entre nosotras a lo largo del encuentro, cuya materia me desborda, se me escapa de las manos, necesito transformar.

Todavía quedan dos horas para salir de casa a la oficina. Me quito los auriculares, vuelvo a guardarlos con la grabadora en la maleta, me lavo con agua fría las manos y la cara, enciendo la radio de la cocina, preparo una cafetera y me pongo a cocinar unos canelones.

2

Burkas

A la segunda o tercera semana de haber llegado comencé a escribir un diario de campo. Anotaba ideas, observaciones y apuntes de lo que hacía en cada jornada, o esquemas sacados de lecturas que pudieran orientarme en el trabajo. Partía de la recomendación de Wright Mills acerca de llevar un diario donde se mezclasen la experiencia personal y las actividades profesionales. En él está recogido mi proceso de aprendizaje dentro de ese territorio al que he vuelto para entrevistar a la sexta informante de una nueva investigación.

Después de cocinar una tortilla de patatas y una ensalada para la cena, saco de un cajón el cuaderno donde comencé a escribirlo. Terminé cediendo ante la comodidad de continuar en el ordenador, pero llené el cuaderno entero con apuntes escritos a mano. Comienzo a leerlo sola en la cocina, tomando una cerveza negra y un tomate aliñado con poco aceite virgen, ajo, orégano y sal. Al rato viene mi hija y me pide que me siente a cenar con ellos. Sin sentimiento de culpa —algo para lo que me he ejercitado en los últimos años— rehúso su invitación, le doy un flan para ella y otro para su padre y le digo que estoy viendo unas cosas de trabajo. Entonces me dan ganas de fumar, pero si no he cenado con ellos y encima me descubren fumando tendré que dar explicaciones y se acabará la tranquilidad que necesito ahora, pienso cuando se va, mientras subo a pesar de todo las escaleras sin que me oigan, en busca del tabaco que tengo escondido en mi habitación. Al volver cierro la puerta y abro de par en par la ventana de la cocina, dispuesta a romper el compromiso adquirido conmigo misma de fumar lo menos posible, como la entrevistada número seis,

que al despedirnos me preguntó si tenía un cigarrito, aclarando que estaba contenta porque fuma menos que antes.

Mujeres chabolistas: grupo preferente desde que las tengo cerca, pared con pared. Las distingo del otro grupo de mujeres del barrio, que acude por la tarde. Mi zulo está separado del aula donde se imparten los cursos nuevos por unas cristaleras empapeladas. Todas han sido madres muy jóvenes y conviven con hijos, nietos y padres o suegros, pero hay diferencias entre los dos grupos, sobre todo en el nivel educativo, las habilidades sociales y la vivienda. Las mujeres chabolistas viven al otro lado de la autovía, en un poblado de autoconstrucción con muchos años de historia conocido como El Vacie, y las otras en pisos del barrio y de las barriadas adyacentes. Las primeras, todas ellas de etnia gitana, tienen muy baja empleabilidad debido a las limitaciones del entorno donde han crecido y viven, mientras que las segundas han ido casi todas a la escuela cuando eran niñas. Muchas abandonaron pronto y apenas saben escribir más que su firma, pero disponen de mayores habilidades sociales y tienen experiencia laboral, aunque ésta se limite con frecuencia a la limpieza de casas y otros oficios precarios. Puedo plantear a la coordinadora la posibilidad de un grupo de discusión y dos entrevistas en profundidad.

En invierno hacíamos la jornada completa una vez por semana, y ese día comíamos juntas en las oficinas de las orientadoras. Algunas veces esa jornada era llevadera, pero otras salíamos fatigadas, con un cansancio que me pegaba al asiento del autobús cuando ya había oscurecido, como si llevara sobre mí el peso de los rostros de las mujeres con las que habíamos hablado a lo largo del día. No necesito el diario para recordarlos: continúan allí, moldeados a capricho por un tiempo agresivo que se hubiera ensañado, sobre todo, con las mujeres del asentamiento hasta conseguir que algunas parezcan ancianas a los cuarenta años. El barrio es la ciudad posible para ellas, por cercanía y costumbre: aunque tampoco allí pasan desapercibidas, la gente está más acostumbrada a verlas y no causan tanto rechazo. El resto de la ciudad las amedrenta. Supone un gran esfuerzo para ellas adentrarse más allá de la avenida que delimita el barrio. A la mitad del curso, una de las monitoras y yo acompañamos al grupo a visitar un centro del Instituto de la Mujer, no muy lejos, sólo ocho o nueve paradas de autobús más allá, para que se informasen de los servicios gratuitos que

tenían disponibles para empleo, educación o cuidado de niños, y compartí la aventura que suponía salvar esa distancia corta, el vértigo ante las miradas de la gente, las reglas no escritas con las que estaban rompiendo por haber subido a un autobús. Los demás pasajeros parecían no poder retirar sus ojos de nosotras, pero a ellas no les importaba ser el centro de atención, pendientes de todo lo nuevo que veían y sin parar de hablar a voces. Mujeres de entre dieciocho y cuarenta años que nunca han utilizado el transporte público y se niegan a adentrarse solas en la ciudad. Las maneras escandalosas con que suelen expresarse ocultan su gran fragilidad, su miedo. Recuerdo sus voces en el aula, adoptando repentinos timbres de niñas cuando leían. Me quedaba completamente abstraída al escucharlas leer. Tenía que dejar cualquier cosa que tuviera entre manos, tareas de ordenador o lectura de libros. Lo único que podía hacer era continuar la escritura del diario.

Son como niñas que deletrean a duras penas. Algunas se niegan a leer en voz alta, porque se ríen unas de otras cuando cometen fallos. Las escucho recitar en grupo los meses, y los días de la semana. Maribel les habla con autoridad, como si fueran chiquillas revoltosas que ríen a carcajadas, hablan a gritos, se interrumpen, y sólo puede hacerlas callar elevando la voz más que ellas. Huelen los lápices y los cuadernos nuevos igual que nosotras cuando éramos niñas. Conforme ellas tropiezan con las sílabas, siento que proceden de un lugar oculto, de las catacumbas de la ciudad moderna que mira de frente a las nuevas tecnologías. Pero también son ciudad. Habitan el azogue de un espejo en el que Sevilla no quiere mirarse, pero creo que tenemos que descubrirlas, tenemos que darlas a conocer.

Para llegar allí habían accedido al barrio cruzando la autopista por el punto más cercano al asentamiento, donde no hay semáforos. Se arriesgaban igual cuando iban con sus hijos, y había que trabajar eso con ellas tanto como la alimentación o la higiene, pero era difícil hacerles ver la necesidad de desplazarse un poco más para llegar al semáforo, incluso aunque les dijéramos que lo hicieran por la seguridad de sus niñas. Esa temeridad también las distinguía de nosotras, a menudo llenas de miedos infundados que proyectamos

sobre nuestras hijas. Un día lo conseguí cuando salieron de clase, de regreso al asentamiento, pero para eso tuve que acompañarlas hasta el semáforo, en una miniexcursión parecida a la del autobús hacia La Macarena. La gente me miraba como si yo, por ir con ellas, estuviera loca. De camino sonó mi teléfono móvil y cuando me puse a hablar todas se detuvieron, riéndose al descubrir el modelo antiguo que usaba. Esperaron a que terminase y entonces me enseñaron los suyos, mucho más modernos. Mis compañeras y yo no teníamos una idea clara de cómo habían aprendido a utilizarlos sin saber leer.

Es como si la tecnología pudiera salvar los muros que se interponen entre la comunidad primaria de la que apenas han salido y la sociedad compleja a la que están acercándose. En ese lugar contiguo al cementerio y ahogado por la autovía y el tanatorio, también el tiempo cobra otras dimensiones. Al tiempo biológico y al desgaste de ser madre varias veces seguidas desde edades muy tempranas, sin cuidarse, se une la noción del tiempo biográfico, un caos de horas, meses y días. Tiempo discordante, excluido de la norma, que adopta pautas que desconocemos, cuya lógica escapa del tempo de la ciudad marcada por horarios y fechas, aniversarios, onomásticas, conmemoraciones. Una mujer nos dijo el otro día que ni ella ni sus hermanas sabían las fechas de sus cumpleaños. Otra discutió con Mercedes porque aseguraba que ésta le había dado cita para el 32 de enero.

Desde entonces, cuando por la noche me limpio la cara y me aplico crema hidratante antes de dormir, siento cómo asoman detrás del espejo sus miradas brumosas atentas a ese gesto que ellas no practican, y al que quizá tampoco encontrarían utilidad. Las siento ahí agazapadas, mudas, atentas, sorprendidas. Empecé a preguntarme si era útil, y para qué, esa rutina que no me había cuestionado antes. Sus nociones de vejez y juventud son diferentes: consideran que una mujer con treinta y tantos o cuarenta años ya es vieja, porque tiene edad de ser abuela o bisabuela.

Algunas veces asoma en el espejo la cara de Dolores, una mujer de treinta y nueve años que aparentaba sesenta llevados con dificultad. Su manera de andar, sus piernas llenas de varices, las arrugas y el labio leporino le daban un aura inconcreta de enfermedad, como si

arrastrase desde niña minusvalías difusas, nunca diagnosticadas, que seguramente siempre fueron motivo de escarnio entre los suyos, a tenor de las burlas que sus compañeras le hacían con aire rutinario, burlas que ella afrontaba con una risa de chiquilla chica.

Solíamos hablar antes o después de las clases, y siempre que podía me iba con ellas a tomar un café al bar de la plaza. Cuando Dolores me contaba cosas sobre sus hijas se alteraba, yo no era capaz de entenderla y una de sus compañeras, que era prima suya, tenía que hacer de intérprete. Para nosotras no era fácil imaginar qué clase de vida había tenido esa mujer, de qué forma la trataron su padre y su madre y el hombre que la había dejado embarazada siete veces, qué calamidades habría pasado cuando era joven y cómo sobrellevaba las de ahora.

Hazlo ya, para qué esperar más, me dijo mi madre a los diecisiete años mientras ponía en mis manos un bote de crema especial para pieles jóvenes y con acné, y me pidió que observase los movimientos que hacía ella mientras se extendía otra para pieles menos jóvenes y sin acné. Frente, pómulos, barbilla, movimientos circulares, óvalo, cuello y escote. ¿Parecería yo también una abuela casada desde los catorce años si no fuera por esto?, me pregunto delante del espejo empañado por el vapor de la ducha reciente, bajo el techo sólido que protege de lluvias y vientos las camas de mis hijos.

Decían las otras que su familia nunca la quiso, sólo esta prima, que era de su edad y la había «recogido»: le había hecho un hueco en el patio de su chabola para que viviera con los dos hijos que le quedaban. Todos los demás estaban retirados de su tutela. Atraviesa mi espejo desde ese patio en el que añora a la prole perdida, fijando en mí sus ojos pequeños para que yo recuerde dónde vive y me imagine cómo pasan allí los días y los meses cuyos nombres estaba aprendiendo. Con sus ojos pequeños para que yo no me olvide.

Un día tu hija te observará en el espejo como tú observabas a tu madre. La verás ahí en silencio plantada frente a ti con cara de estar a punto de hacer cualquier pregunta incómoda, que no será tan superficial ni tan fácil como pudiera parecer. Estarás maquillándote

para salir a la calle, o quizá secándote el pelo, y tu hija te preguntará que por qué nunca te tiñes. Las respuestas que hayas dado otras veces ante la misma pregunta no parecen haber sido satisfactorias, y precisamente por no ser la primera vez que tu hija, tu madre o tu peluquera desean un chorro compulsivo de otro color en tu pelo, te callarás, no dirás nada, la mirarás un momento con desgana esperando que no insista, continuarás maquillándote. Ella dirá entonces que las canas se te notan cada vez más, por aquí, por allí, mira, ¿tú no las notas?, señalando con un dedo el mechón más blanco, y su mano sobrevolará toda tu cabeza en señal de que hay nuevos reflejos por arriba, por detrás, por todas partes. Añadirá con un tono de súplica o enojo que las madres de sus amigas se tiñen y parecen más jóvenes que tú. Parecerán más teñidas, contestarás tal vez, y ella te mirará ofuscada, con un desprecio que puede parecerte fuera de lugar, se morderá los labios, dará media vuelta y se irá del cuarto de baño sin volver a mirarte. Notarás tu cabeza cociéndose por dentro como una olla a presión que podría provocar una reacción química imprevista al entrar en contacto con cualquier tinte.

Dolores se teñía, o la teñiría su prima, pero no con la clara intención de taparse las canas, que seguían allí, cohabitando sin complejos con irregulares mechas rubias que ella alisaba con cepillo cuando iba a encontrarse con su hijo mayor. Que estaba muy guapo, empezó a contarme como si yo conociera su historia. Que estaba estudiando para Guardia Civil, y se tapó la cara con una mezcla cómica de orgullo y de vergüenza que hizo reír a su prima. Le pregunté si su hijo vivía con otra familia. Dijo que no, que con los curas en un colegio, pero que los curas no sabían que el hijo iba a verla, y el policía que se lo había quitado tampoco lo sabía, y volvió a taparse la cara como si hubiera cometido una travesura. No me enteré de cómo era posible que ella y ese hijo mantuvieran el vínculo. Su prima no supo explicarlo bien y yo no quise insistir, por no perder su confianza. Me retiré a mi mesa tras el cristal empapelado, a observar cómo ellas seguían aprendiendo a leer y a hacer trabajos de artesanía mientras nosotras acumulábamos títulos, certificados de cursos, asistencias e intervenciones en

seminarios y jornadas, y seguíamos teorizando, vomitando tecnicismos que acotaban la realidad en categorías. Más tarde, una compañera comentó que la madurez de aquel muchacho justificaba las retiradas de menores en el asentamiento.

Algunas noches practicaba el divertimento de inventar categorías frívolas que fueran capaces de englobar a todas las mujeres del siglo XXI en función de la hidratación cutánea, y las clasificaba, por ejemplo, como las que no se hidratan, las que nos hidratamos a nosotras mismas y aquellas a las que hidratan otras.

El contorno de ojos hay que cuidarlo dando leves golpecitos, con otra crema apropiada para esa zona, pero eso me da demasiada pereza y casi nunca me paro. A no ser que se me vaya el concepto al cielo y me ponga a pensar en las mujeres del barrio, las de los despachos, las de las chabolas, sus hijas, la mía, y me sorprenda trabajándome la pata de gallo en plan integrista.

Día largo de trabajo. Por la mañana, ordenador y reunión con las coordinadoras. Por la tarde visitas a una asociación de vecinos y a otra de mujeres. El presidente de la primera ha dicho unas cinco veces que no es racista. En ningún momento le he preguntado por su opinión ante la presencia de personas de distintos países en su barrio. Pero él ha repetido que esa gente «llegan» aquí y no tienen dónde meterse, yo lo comprendo, pero es que lo están poniendo todo… Se van a cargar las casas porque les da igual, porque no son como nosotros. Y yo no es que sea racista, pero las criaturas de aquí se quieren ir a barrios mejores, como era éste antes de que llegara esa gente, es lógico, ha dicho.

Las mujeres de la otra asociación, todas mayores de sesenta años, estaban reunidas. Maribel y yo hemos tomado notas y luego les hemos hecho algunas preguntas. Dicen que las más jóvenes no van allí porque no tienen tiempo más que para trabajar en lo que vaya saliendo y sacar a los hijos adelante como sea, que ya sabremos nosotras cómo está la cosa como para encima querer que se asocien. Muchas de ellas cuidan de sus nietos mientras las madres y los padres trabajan, y en ocasiones comparten sus casas con ellos. Esperan que nosotras le insistamos al alcalde para que les dé «ya de una vez» el otro local que tienen pedido, y poder reunirse cuando quieran y a gusto, porque éste de ahora, aunque sean dos salas separadas, tienen que compartirlo con una asociación de hombres mayores que no limpian ni ventilan, y cada vez que ellas

entran aquello huele mal, huele a sucio, ha dicho una, huele a puros y a tabaco, ha dicho otra, ¡huele a próstata!, ha zanjado la que hablaba más, y todas se han echado a reír.

Llego luego muy cansada a la parada del autobús. Hay dos mujeres, las mismas de otras tardes, parecidas a las abuelas de la asociación, un poco más descuidadas en lo que a peluquería y a ropa se refiere, sobre todo una de ellas, siempre con zapatillas de andar por casa, mientras que la otra calza sus pies hinchados con zapatos de buena calidad, quizá porque tiene una pensión y dos hijas que no viven ya con ella y que trabajan «en oficinas». Me entero de esas cosas sin querer. Ahora ocupan el asiento corrido y se juntan al verme llegar, dejando espacio libre para mí. No están esperando el autobús: pasan allí las horas, se sientan a charlar, se entretienen observando a la gente que va y viene. Doy las buenas tardes y me responden, satisfechas por el saludo. Después siguen hablando entre ellas de su vecina Macarena, a la que se le ha muerto un hijo «por la droga». Él ya descansó, ahora le toca descansar a ella, porque ha sido mucho lo que ha tenido encima esa mujer, le dice una a la otra bajando un poco el tono de voz, que choca contra el metacrilato y llega a mis oídos. Es una de esas tardes de finales de invierno, y el autobús tarda en llegar. Están a punto de encenderse las farolas de la avenida. Veo a lo lejos, debilitada por la luz cada vez más escasa, una figura cubierta por un velo oscuro de la cabeza a los pies, que camina veloz entre los pisos del barrio de enfrente. No alcanzo a distinguir si lleva la cara tapada porque va de perfil, casi dándome la espalda: desde allí sólo se aprecia la silueta del manto que cruza sin detenerse el descampado sucio y luego se adentra entre los soportales, esquivándolos. La tela parece rozarlos ligeramente, pero al momento despega y continúa su vuelo.

Ninguna de las dos mujeres ha reparado en ella, y su conversación es otra tela densa que me distrae y me impide verla con claridad. Algunas veces he escuchado con interés las historias que se cuentan, pero hoy no me apetece oírlas. Los párpados comienzan a pesarme. Me esfuerzo por aguzar la mirada y no perder ni un momento la imagen

de la mujer tapada, que inicia una danza sinuosa entre las geometrías de los bloques obreros.

Un día cuchichearon hasta ponerse de acuerdo y luego me preguntaron si yo era enfermera, si trabajaba en el centro de salud. Me limité a decirles que no era allí sino en el centro de empleo, y no añadí más información, aunque noté que se quedaron insatisfechas, deseando saber mucho más.

La mujer que se mueve bajo el velo parece tener un sitio al que dirigirse y lo hace sin vacilar, conociendo el territorio, sabiendo en todo momento adónde va y para qué. Siento dudas repentinas sobre qué hago yo allí, sobre la utilidad de mi trabajo. La aparente seguridad de la desconocida me ancla en el asiento. Una vez superada la barrera del desempleo tal vez sea hora de pensar si sé bien adónde voy, por qué estoy aquí y por qué hago lo que hago.

Al Gran Poder le he rezado mucho para que mi hijo saliera, y salió, dice ahora la mujer de las zapatillas, sin dejarme un espacio para reflexionar. La actitud diligente de la figura cada vez más lejana me paraliza, y a ella la convierte en una visión fugaz que desaparece fundida en la noche que llega de pronto, dejando tras de sí una huella de irrealidad y sombra. Continúo buscando la ondulación de su túnica entre los bloques de viviendas, incluso me levanto involuntariamente y avanzo unos pasos hacia la oscuridad, forzando la mirada a un plano distinto para poder ver lo que no se muestra, igual que cuando vibra el azogue nocturno del espejo, pero la mujer casi ha desaparecido y las farolas de la avenida se encienden, levantando otra barrera entre nosotras.

Vuelvo a sentarme ante la molesta mirada de las vecinas, que han callado por un momento, pendientes de mis pasos, y al verme ya sentada continúan. Ahora se toma sus cervezas, se fuma su tabaco, porque algo se tendrá que fumar, y va tirando con lo que le sale, es medio pintor, medio fontanero, de todo sabe un poco, pero de ahí a que le hagan un contrato en condiciones... Y al decir eso me miran como si estuvieran buscando mi asentimiento, metiéndome a la fuerza en intimidades que no quiero conocer.

Por la mañana he estado leyendo artículos sobre el trabajo precario, la formación para el empleo, y he consultado datos y cifras sobre la economía sumergida que luego toman cuerpo en la calle, no siempre cuando ni como yo quiero. Asiento de todos modos con la cabeza, y luego miro para otra parte intentando hacer saber que no me quiero enterar de cuánto tabaco se fuma su hijo, ni de dónde saca el dinero para pagarlo. Con algo más de esfuerzo consigo aislarme y mantener lo que cuentan en una letanía difusa, sin escuchar, sin mirar. Me centro en la oscuridad, respiro regularmente, con los ojos cerrados.

Al rato, una de las mujeres se dirige a mí tocándome el brazo: ya tienes ahí el autobús, niña. Se han dado cuenta de que no lo he visto llegar, puede que incluso me hubiera dormido, porque me asusto como si alguien me estuviera despertando a gritos en la madrugada. Entonces alzo la mano para pedir al conductor que pare y al levantarme se cae al suelo el bolso, del que sale despedida la funda donde guardo el bonobús que a toda prisa recojo, diciéndoles adiós y subiendo al vehículo todavía obnubilada, mientras ellas se ríen ante mis torpezas.

Comencé a irme algunos viernes o sábados, sin familia, a escuchar jazz en un local del centro que había frecuentado antes con mi marido. A veces me acompañaban algunas de las nuevas compañeras del trabajo, todas más jóvenes, sin hijos. Llevábamos un año juntas, y el barrio unía. Hoy estamos aquí sin hablar de aquello, y el lunes nos veremos allí sin hablar de esto. Esa música era como mi nueva vida de mujer trabajadora fuera de casa: una improvisación cuyo final no podía saberse. Piezas que parecen no encajar hasta que un día comprendes que todo tiene que suceder como está sucediendo para alcanzar un final único, distinto en cada ocasión. Los músicos llegaban y nadie sabía qué iba a pasar. Había un escenario dispuesto, y en la barra con una copa entre manos iban decidiendo quiénes tocarían. Se mezclaban los expertos con los más jóvenes. Muchos no vivían aquí, estaban de paso por la ciudad. Algunos conocían a mi marido de haber trabajado juntos y me preguntaban por él. Aunque estuviera acompañada me gustaba sentirme sola escuchando la música,

evolucionando a su ritmo. Eso era lo mejor de las *jam sessions*. Nada que se pueda tararear en grupo, un mensaje en clave dirigido a ti y que nunca más volverá a repetirse. Un mensaje fresco, inmediato, que nadie está grabando para vender. Mientras escuchaba tomaba pequeños tragos de whisky. Llegaba tarde a casa, reconfortada. Él parecía comprender mejor que yo la necesidad de esas salidas. No hacía preguntas. Tu pareja sale por las noches sin ti y luego dejas que no diga nada, o que cuente lo que quiera, cuando quiera. Muchas veces me había quedado sola en casa con los niños y tampoco lo había acribillado a preguntas. Algunas más sí que hice, pues mi curiosidad es mayor y mi hermetismo menor. Son movimientos improvisados, no pactados de antemano. Al final tienes un largo camino de piezas sueltas e invendibles recorrido a golpe de improvisación.

En la primavera del segundo año llevaba ya un invierno salpicado de *jam sessions*. La última había sido un sábado. El lunes siguiente a primera hora, de camino al trabajo, conservaba todavía la vibración de la música inmediata. También tenía presente la imagen de la mujer del velo largo moviéndose entre los bloques de los barrios vecinos, pero fue superada esa mañana por otra. Cuando cierro los ojos la tengo ahí frente a mí, al otro lado de los cristales a medio limpiar del autobús. Una mujer sentada en un banco de la calle bajo un pequeño naranjo cuajado de azahar, dos paradas antes de mi destino. El mismo azahar que dos o tres semanas al año viene a uniformar los barrios de Sevilla y llega por igual a las mujeres más humildes y a las más sofisticadas, mientras cae mansamente encima de las calles. En este caso las flores del naranjo caían sobre una cabeza forrada de tela marrón oscura que luego seguía hasta cubrir el cuerpo, horadada sólo en una franja rectangular a la altura de los ojos —como las esquinas de los manteles de deshilado que hacía mi madre— y sujeta al cuello por un cinturón de cuero que yo no podía apenas creerme. Con una mano sujetaba sobre su regazo una mochilita de colores fluorescentes que debía de pertenecer a una hija o a un hijo en edad escolar, pero estaba sola, no había rastro alguno de niños a su alrededor. ¿Qué era aquello, una broma pesada, acaso una *performance* urdida por artistas anglosajonas

para hacernos reaccionar? Aunque suene absurdo me pareció propia de una feria internacional de arte contemporáneo antes que la imagen espontánea y real que era, surgida de las profundidades de un barrio sevillano que recogía el creciente aluvión de inmigrantes. Parecía un espejismo a punto de desvanecerse, pero allí continuaba mientras tomaban asiento dentro del autobús mujeres con la cara descubierta, que decían buenos días y sujetaban a sus bebés en previsión de los movimientos bruscos del vehículo mientras la miraban.

¿Qué significarían esa cabeza tapada y la correa en el cuello? La mujer que yo vi aquella tarde llevaba el manto al viento: no era un velo que se cerrase sobre la garganta, sino que volaba libre de la cabeza a los pies. Y ella se movía con ligereza, erguida, con una determinación que hacía evolucionar la tela rítmicamente a su alrededor e insinuaba la vitalidad de sus brazos y piernas, imprimiendo a su túnica una cadencia que me había hipnotizado y adormecido hasta casi perder el autobús.

Apenas teníamos ocasión de trabajar con mujeres musulmanas, llegaban muy pocas todavía para pedir orientación laboral. Y no es que esta correa fuera demasiado sujeta ni tuviera a esta mujer al borde de la asfixia, no: el cinturón se mantenía cerrado pero flojo, como la soga de una horca indulgente, puesta allí con el único fin de evitar que algún golpe de viento levantara esa tela y me dejara ver su rostro. Una mujer sitiada por nuestra normalidad y sola como una isla. Su posición estática y el cuerpo un poco encorvado sobre sí mismo dotaban a esa tela pesada de un gran poder sobre ella, empequeñeciéndola y pareciendo anular su voluntad. Me levanté decidida a bajarme, ya recorrería luego andando el tramo para entrar en el barrio y llegar a la oficina pero, justo cuando alcancé la puerta de salida, ésta se cerró. No pude dejar de mirar a la mujer mientras nos alejábamos. Allí seguía, imperturbable y dura bajo la mansedumbre civilizada del azahar. Al doblar la curva de los bloques más altos la perdí de vista.

El ejercicio consciente de digerir la realidad del barrio, de integrar lo distinto en la normalidad, ¿para qué me servía ahora? Tenía que agarrarme a eso para ignorar el deseo de desabrocharle el cinturón y

quitarle el burka, de llevarla conmigo al puente de Triana, asomarnos las dos a la anchura del río y hacerla respirar: recibir las dos juntas el golpe del salitre sobre el rostro desnudo, si el viento era propicio.

Pulsé el timbre y pedí por favor, en voz alta, que abrieran otra vez la puerta, pero se trataba de un conductor de autobús obtuso que cumplía ciegamente con su obligación. Tuve que esperar y bajarme en la próxima parada. Desde allí desanduve el camino muy deprisa, casi corriendo, hasta ese banco; iba a llegar tarde a la reunión de los lunes a primera hora pero tenía que verla otra vez, intentar hablar con ella, no sabía qué iba a decirle, de haber tenido un teléfono móvil de los que hacían fotos, como los que tenían las mujeres gitanas, la habría fotografiado.

De la parada hasta el burka el camino se me hizo interminable y lento como un sueño repetitivo y cuando llegué no estaba, me quedé paralizada frente al banco, con el pecho agitado por la respiración, adónde había escapado, por cuál de aquellas calles, en qué piso compartido con cien familias más habría ido a refugiarse de mi mirada, como si fuera poco refugio esa cantidad de metros de tela oscura que llevaba encima, esa vivienda de autoconstrucción, esa chabola fundamentalista. No me había dado tiempo a fijarme en sus zapatos, pensé ridículamente. Serían oscuros también, y pequeños, por eso no me habían llamado la atención, inmóviles sobre la acera.

¿Qué sabría esa mujer acerca del país en el que estaba viviendo, de la parte del mundo a la que la habían traído? ¿Conocería las verdaderas dimensiones de su nueva celda? Qué pensaría al ver a través de esos hoyos claustrofóbicos a las adolescentes de los barrios luciendo ombligo en invierno y tetas en primavera. Acaso la profundidad de nuestra celda, entrevista desde esos agujeros rácanos, se le hacía abisal y vertiginosa, por eso agarraba con su mano desnuda la mochila de colores como asustada, con miedo.

Las preguntas se agolpaban confusamente mientras recorría las calles en cuadrícula, ¿qué piensa esa mujer acerca de sí misma?, ¿tendrá hijas? Tocará esa mujer a su hija cuando la baña, abrazará a su hija como yo a la mía, sentirá los cambios en el cuerpo que crece, y

algún día vivirá la menarquia de la niña que sucederá aquí, casi sin avisar, como se abre y cae la flor del naranjo. Dejará que su hija le acaricie la piel negada al mundo. Imaginar aquella intimidad me perturbaba. La niña chica de la mochilita fluorescente con un cuaderno, un estuche de lápices y una manzana dentro, que llegaría de su mano a la puerta de una escuela donde las otras madres llevaban la cara, los brazos y las piernas descubiertos. Esa niña muy pronto empezaría a hacer preguntas, si es que no las estaba haciendo ya. Y qué pensaba ella responderle a esa niña. Qué podíamos nosotras responderle a esa niña.

Toda la sensualidad de los naranjos en flor y de la luz, la seducción que despliega Sevilla y te atrapa en cualquier punto de la ciudad le estaba siendo negada, apenas conseguiría traspasar la tela opaca que la ocultaba ante el mundo: el aroma de Sevilla quedaba anestesiado bajo el peso de ese manto que destilaba testosterona. Percibí entonces más fuerte el olor del azahar y el sol templado sobre mí. Me paré, cerré los ojos y abrí dos botones más el escote de la blusa para atrapar la brisa húmeda de primera hora del día en las calles recién regadas, necesitando la desnudez.

Estaba allí parada, víctima de la desconfianza hacia una mujer desconocida que no contaba con mis habilidades ni con mis recursos para desenvolverse. La calidez creciente del sol sobre mi cuello no lograba serenarme. Yo era también una mujer quieta a la que alguien podría estar mirando desde detrás del cristal sucio de cualquier autobús, detenida en medio de un mundo que se movía alrededor incomprensiblemente. Yo que había vuelto al mercado, recién cumplidos los cuarenta, como mercancía obsoleta, y hacía tantos esfuerzos por adaptarme. Que dejaba mi casa todavía con un velado sentimiento de culpa que nunca me atrevía a reconocer en público por temor, por vergüenza, y ocultaba al redactar mi currículum la actividad literaria, la vocación de los años silenciados, mencionando sólo la profesional, creyendo que así me vendía mejor. Hubiera querido al menos poder seguirla de lejos, dejarme llevar por el movimiento de su burka oscilante, que volaría del cuello para abajo

rozando los troncos de los naranjos y los portales hasta encontrar refugio en la oscuridad del suyo.

Por más que intentara el ejercicio de verme y de ver a las otras desde fuera, por más que buscase ese espacio neutral y creyera estar instalada en él, ¿acaso no me sentía todavía insegura y culpable por haber dejado el trabajo de casa a tiempo completo, como si hubiera abandonado a su suerte a mi hijo y a mi hija, que echaban de menos el tenerme disponible a todas horas, y a su padre que, por mucho que me apoyase, sólo sabía cocinar para ellos alimentos fritos y dejaba la cocina hecha unos zorros?

Yo había estado alejada de la vida pública durante mucho tiempo y había llegado a creer que nunca más volvería a trabajar, que no sería capaz de retomar trabajos como los que hice en los barrios de Madrid al terminar la carrera. Silenciaba ahora tareas a las que había dedicado esfuerzo y tiempo, como enseñar a leer y a escribir a mis hijos, como leer y escribir yo misma. Al ocultarlos me negaba los días intensos que disfruté estando en casa, los traicionaba intentando pasar página, olvidarlos con urgencia, confundiendo el escaso valor que tenían para el mercado con su valor real. Pero a pesar del dolor que me causaba, todo eso se reveló insignificante bajo la pesadez de ese burka en el barrio de El Cerezo.

Ya era tarde, iba a llegar tarde, estarían comenzando la reunión de los lunes, mi jefa me iba a lanzar una mirada torva y las que habían salido conmigo el sábado pensarían que el whisky me había vencido, esa correa en el cuello iba a sonar a excusa inútil, su pesada gravedad sería frivolizada si la contaba en el contexto de la reunión de coordinación de un lunes a la que ya llegaba impuntual. Con la inquietud que me provocaba esa impuntualidad la busqué en la puerta de la escuela más cercana, pero no estaba allí. Todavía me desvié un poco más entre los bloques que albergaban en sus bajos barberías, carnicerías árabes, locutorios y tiendas indias que comenzaban a abrirse. No la encontré.

Muchas veces me he sentido aislada y sola, sin fuerzas ni posibilidades para avanzar, y también he deseado y sigo deseando ser

invisible, observar sin ser vista, no desvelarme. Sentí la primera arcada poco antes de llegar a la avenida por la que ya se había alejado el autobús al centro, y tuve que detenerme. Me recordé buscando orientación, acudiendo sin confianza a la primera entrevista de trabajo en años, intentando dominar a duras penas los sonrojos y las taquicardias que me atacan todavía cuando tengo que hablar en público. Eso me aceleró el vómito. Luego sentí que la mujer me estaba viendo a mí por primera vez, que me miraba desde cualquier ventana, horrorizada ante mi estado, justo cuando yo arrojaba junto a la esquina una masa amorfa de pan, aceite y té rojo.

No fui capaz de adivinar si, al verme, ella hubiera sentido compasión o asco.

Me hubiera gustado hablarle, presentarme ante ella, saber al menos su nombre.

Quisiera saber ahora si esa mujer habría comprendido mi idioma, de qué color eran sus ojos, por qué no escribí nada sobre ella en el diario de campo.

3

Redes

«Tres, tres. / Los que te ponen en pompa contra la pared. /Tres. / Los que llegan a tu vida provocando estrés. / Tres. / Letras infinitas que se clavan de una vez. / Tres. / No te confíes, nena, ten cuidado con los tres. / Tres. / Provocando estrés. / Tres. / Todo de una vez. / Tres...»

Son las doce del mediodía y Elisabeth mueve sus caderas apasionadamente al ritmo del hip hop que sale del coche tuneado mientras Iván, su novio, lía un porro sentado en el asiento delantero y su amiga Tamara coge del carrito al bebé que ambos han tenido ocho meses antes. Mira el Jonathan, tío, cómo se mueve, ¡las ganas de marcha que tiene el cabrón!, dice Samuel sentado sobre su moto y señalando al niño, que se muestra nervioso ante el volumen de la música y no para de mover brazos y piernas mientras su cabeza va de un lado para otro. Están parados en los bajos de los bloques amarillos, en una calle sin salida, llena de bolsas y papeles por el suelo. ¡Eli, cógelo tú, coño, que a la Tamara se le puede caer!, grita el padre mientras humedece con la lengua el pegamento seco del papel de fumar. ¿Que lo coja yo, Iván, tío, ya estamos con que lo coja yo?, protesta Elisabeth sin parar de bailar. ¡Josué, baja un poco la música, que me asustas al crío!

El colectivo de mujeres jóvenes está mostrando signos de debilidad que se comentan en las Mesas de Empleo, Salud y Educación, compuestas por profesionales de diversas organizaciones. Parece que esa cadena metafórica de la que hablé el otro día con Luisa, la educadora de calle de «Medio abierto», que une a varias generaciones de mujeres en un analfabetismo total o funcional con el que no acababan de romper las más jóvenes, se repite también en el espacio más íntimo de la sexualidad, la

afectividad y las relaciones sentimentales con los hombres.

Josué, el dueño del coche tuneado, que parece el mayor de todos, no aparenta más de dieciocho años, y la niña-madre Elisabeth unos dieciséis. El bebé supera la prueba de equilibrio demostrando una admirable soltura ante los brazos inexpertos. Luisa, la educadora de calle, se acerca al grupo, saluda a cada uno por su nombre y coge en brazos al niño mientras le recuerda a Elisabeth que a la una del mediodía tiene cita con Teresa, su orientadora laboral, y que no debería faltar porque Teresa le ha dicho que está abierto el plazo de inscripción para los Talleres Prelaborales, donde podría aprender un oficio mientras gana un sueldo. Elisabeth contesta que ya lo sabe y que pensaba ir, pero que ella no quiere apuntarse a nada de hombres, fontanería, electricidad o cualquier cosa parecida, ni que le den discursos para convencerla de eso. Luisa lleva un gran pañuelo palestino alrededor del cuello, tiene el pelo muy corto y tres pendientes en una oreja que le dan autoridad ante los jóvenes absentistas y los que han abandonado ya el instituto.

En el territorio de la exclusión lo social desborda lo individual, y las decisiones circunscritas al ámbito más privado (decidir «si tengo relaciones, si lo hago con o sin preservativo, si aborto o llevo adelante un embarazo a los quince años») pasan a adoptar un patrón común que delimita ante nosotras una línea más definida entre la normalidad y la marginalidad, la integración y las conductas desviadas, lo que el sistema es capaz de digerir y lo que amenaza con desbordarlo (aunque sepamos que el sistema es capaz de digerir todo eso y mucho más). Se destaca en las entrevistas realizadas la falta de una educación afectiva y sentimental, al tratarse de niñas que se han criado en familias desestructuradas, donde el padre o la madre, por diversos motivos (drogodependencias, estancias en prisión, excesivo trabajo, analfabetismo, etc.) se han desentendido de su educación. Las chicas acusan esas carencias estableciendo relaciones sexuales que cada vez son más tempranas y se consideran prematuras porque se dan desde los doce o trece años, edades en que comienzan a someterse a los deseos de chavales mayores que ellas, cediendo con facilidad a sus chantajes emocionales —sobre todo a la amenaza de abandonarlas— para tener relaciones con penetración. El mal uso de métodos anticonceptivos se suma a la tendencia anterior con el resultado de un crecimiento continuado de los embarazos en

adolescentes.

Ivan les dice a los otros riéndose que se imaginen a Elisabeth de electricista. Qué peligro, tío, ¡la pedazo de «apagona» que iba a liar la Eli en el barrio o donde fuera!, comenta Josué, que ha bajado el volumen de la música, desde el interior del coche. Samuel añade que no sería sólo en el barrio sino en toda Sevilla, y se une al coro de carcajadas masculinas. A Elisabeth y a Tamara no les hace gracia el comentario, por eso no participan de las risas de los otros, incluso se niegan a fumar del canuto compartido, en señal de protesta.

Existe en la zona un pertinaz rechazo de los hombres (no sólo en los grupos de edad más jóvenes) a utilizar preservativos, y las chicas, con actitudes de aceptación pasiva ante las exigencias de los varones, mantienen relaciones desprovistas de la protección que evitaría el problema de un embarazo no deseado, así como enfermedades de transmisión sexual cada vez más frecuentes (acerca de las cuales tienen escasa o nula información), y acuden a los centros de salud a pedir «la píldora del día después», que están utilizando como método anticonceptivo. Muchas madres las llevan, a veces forzándolas, contra su voluntad, al Centro de Salud solicitando la interrupción de los embarazos, según ha contado nuestro informante clave sobre asuntos de salud y sexualidad en la zona, y como se ha puesto de manifiesto en los grupos formados con profesionales.

Iván insiste, esta vez serio, en que de peluquera, cocinera o pastelera sí, pero que a la madre de su hijo no la quiere ver de electricista ni de fontanera, aunque sirviera para eso. Elisabeth le responde que a ella sí le gustaría verlo a él de pastelero, de electricista o de peluquero, porque no hace nada y ella no sabe todavía para qué sirve él, aunque sea un hombre. Para liar porros, como estos dos que tanto se ríen, que es lo único que saben hacer, dice Tamara. Josué, el dueño del coche, se defiende diciendo que él es fontanero, si no a ver cómo cree ella que se paga ese «pedazo de carro» que se acaba de comprar. Tamara le contesta, coqueteando, que si es fontanero tendría que estar ahora mismo desatascando tuberías. Entonces se excitan y hablan todos a la vez, elevando aun más el tono. Luisa interviene con la seguridad que

le dan sus ocho años de trabajo en la calle y el conocerlos a todos y a sus familias, pregunta por qué piensan que Elisabeth no podría ser electricista y añade que sacaba mejores notas que muchos tíos que ella conoce, mirándolos a ellos. Las chicas se ríen. Samuel lanza con fuerza la colilla del canuto apagado hacia la acera de enfrente y mira para otra parte, como queriendo que termine la conversación. La educadora ignora el gesto y les recuerda que una tía de Eli, Mari Carmen, acaba de terminar Carpintería Metálica en la Escuela Taller, que ha sido de las mejores del curso y ha encontrado un buen trabajo. Luego le dice a Iván que él también podría apuntarse y aprender un oficio, para llevar dinero a casa para su hijo. Elisabeth asiente con la cabeza y murmura muy seria, con fastidio, que su madre no se habla ahora con su tía Mari Carmen, mientras que Iván se ofende y asegura que a su hijo «de momento no le falta de nada», y que él no quiere un curso: lo que quiere es que le den trabajo. Elisabeth y el niño se han ido a vivir a casa de los padres de Iván, quienes realizan trabajos ocasionales de limpieza y chapuzas, y tienen a su cargo dos hijas más pequeñas. Sin embargo Christian, el hermano mayor de Iván, se ha podido independizar tras un curso que le ha permitido trabajar como mecánico. La madre de Iván le contó a Luisa el otro día, muy contenta, que su hijo mayor había alquilado un piso para irse a vivir solo con su novia. Cuando nos quedemos solas Luisa me dirá que es un triunfo, en este barrio, que un hijo se independice y prefiera vivir con su pareja antes que meterla en casa de sus padres, como suele ser habitual, por eso la madre parecía tan orgullosa cuando se lo contó, comentando que para ella era un misterio que de los mismos padres pudieran salir hijos tan diferentes.

Las actitudes de los varones en las relaciones de pareja encierran una violencia larvada que se revela cada vez más alarmante para las profesionales que conocen estos procesos. No sólo no se han abandonado los roles tradicionales, sino que éstos se acentúan y adoptan formas más agresivas en la zona. Si sumamos a lo anterior el fracaso escolar, la falta de estímulo en la familia para la educación y el deterioro de la salud por malos hábitos alimenticios, podemos concluir que el colectivo de chicas adolescentes se revela especialmente vulnerable y requiere de intervención inmediata.

Después de que Iván diga que él hará lo mismo que ha hecho su hermano Christian cuando le den un trabajo bien pagado, y Eli le pregunte si cree que ese trabajo le va a caer del cielo, mil euros al mes por tu cara bonita, tío, por lo chulo que eres, continúan todavía hablando un poco más con Luisa, pero han ido perdiendo el entusiasmo que tenían antes de que ella llegara y la música ha dejado de sonar, hasta que, medio enfadados unos con otros, Eli mete al niño en el carrito y se va con él a la cita con su orientadora, Samuel pone en marcha su moto, Josué arranca el coche y el grupo se dispersa.

Redes homogéneas, compactas e impermeables a los estímulos del exterior. Luisa puede ser un influjo que rompa la dureza de la red. Esta mañana ha conseguido descascarillarla un poco, pero luego me ha dicho que debería hacerse un trabajo integral con las familias, y que a veces siente que lo único que ella puede hacer es poner remiendos. He conocido a dos educadores más que, igual que Luisa, derivan como pueden a las y los jóvenes ociosos hacia los dispositivos de formación y empleo, y sienten este territorio como propio. No temen adentrarse en las peores calles, son conocidos aquí, la gente los saluda por sus nombres. Antes de despedirnos, a Luisa la llamó una mujer desde un balcón y le dijo a voces que su hijo todavía estaba durmiendo, ¡a ver si me lo metes en algo, lo que sea, un curso de esos que son con una paga a fin de mes, Luisita!

Ya había pasado el verano, las tardes eran cortas, corría un viento casi frío entre los bajos de los bloques. Tenía que renovar mis existencias de bragas. Jessi y yo habíamos hecho buenas migas, solía pasarme por el puesto de su padre y compraba cualquier cosa, un chándal o un pijama para mi hija, con tal de hablar con ella. Resultó que era hija de Isabel, una de las alumnas del grupo de mujeres gitanas de nuestro taller educativo. Me gustaba Isabel: hablaba en voz baja, respetaba el turno de las demás, iba limpia a clase, ponía mucho interés en aprender. Jessi: véndeme unas bragas buenas. Mira, me han llegado éstas, licra de primera calidad, toca, toca: son como las que yo llevo puestas ahora mismo.

Hoy he estado hablando de Jessi con las orientadoras, mientras comíamos. No me gusta imaginármela casada a los diecisiete, teniendo un hijo detrás de otro y engordando sin freno en las chabolas. Tenemos que hacer algo con Jessi cuanto antes, he sentenciado mientras me comía un bocadillo de queso. Teresa es la que lleva su itinerario y dice que le ve futuro a Jessi, que ahora lo principal es que obtenga el título de enseñanza media, pero que hay que ir despacio, no se puede pretender llegar y cambiarlo todo, tenemos que adaptarnos y aprender a jugar con los tiempos y los recursos de que disponemos. No podemos imponernos a sus deseos ni cambiar de golpe sus realidades, ha dicho mientras abría una lata de melva en aceite de oliva. Anoto por la tarde, para el informe final, la recomendación del antropólogo Gamella acerca de «fomentar la formación educativa y profesional de las niñas gitanas, si es necesario llegando a acuerdos-contrato con sus familias». Gamella insiste en que cualquier mejora en el nivel de formación de las muchachas gitanas, aunque sea leve, tendrá efectos multiplicativos. Sabe que los obstáculos principales vienen del sistema matrimonial dominante y de sus dinámicas, y subraya el poder de la educación para mejorar las vidas de esas mujeres, por eso considera imprescindible «cometer el pecado antropológico de inducir o recomendar el cambio cultural». Debemos resaltar en el informe que ese «pecado» se haga extensible también a las niñas de familias no gitanas que viven aquí los mismos problemas de abandono o retirada de la educación.

Llego temprano al parque forestal del extrarradio, poco transitado a las ocho y media de la mañana. Podría haberlo bordeado en autobús, pero prefiero atravesar paseando la zona de huertas colectivas cultivadas por vecinos de la zona y la pista de patinaje firmada de grafitis, pasear bajo las acacias que se extienden hasta el lago grande y cruzar el pinar en el que éste termina hasta alcanzar, en una de las vallas limítrofes del otro extremo, la puerta que da acceso al polígono industrial. Me demoro antes de llegar allí. El parque de Miraflores a esta hora me trae calma y aire limpio, olores de mi niñez que se agazapan junto a los cultivos ordenados y libres de malas hierbas, sujetos por cañas y cercados por romeros, lavandas y rosales cuyo aroma tapiza el de las hortalizas y verduras en la humedad otoñal de primera hora de la mañana. Desde muy temprano trabajan allí hombres que me dan los buenos días, jubilados que se reencuentran con su pasado rural. Más tarde vendrán grupos de escolares a visitar aquello y a trabajar en los cultivos reservados para las escuelas. Me

detengo junto a las higueras de tronco grueso y bajo que delimitan, por uno de sus bordes, el terreno de huertas colectivas.

Hasta hace sólo unas décadas, en los años sesenta del siglo XX*, esa zona del Distrito Macarena era un territorio sembrado de huertas que comenzaban extramuros, más allá del barrio de San Luis. Me contaron las vecinas mayores, y quedó en el libro con sus propias voces, que los nombres de estos barrios son los de aquellas huertas, La Carrasca, La Barzola, El Cerezo, Miraflores. Recordaban cómo llegaron de sus pueblos y fueron realojadas en los pisos recién construidos, todavía en un territorio sin urbanizar del todo, que conservaba tramos de cultivos hortelanos. Los del parque son indicios recompuestos del paisaje que dibujaban esos relatos, y huellas de una memoria agrícola de dos mil años recuperada para esa parte de la ciudad. Las luchas vecinales, encabezadas durante décadas por asociaciones de las barriadas que lo rodean, consiguieron que lo que fue un gigantesco vertedero en la década de los ochenta pudiera ser recuperado como el espacio verde más grande de Sevilla, y acoger experiencias de participación ciudadana. Junto con los restos arquitectónicos y los viejos usos agrícolas, también conquistaron nombres nuevos para las calles. Desde entonces, la avenida de las Asociaciones de Vecinos y la avenida de la Mujer Trabajadora delimitan ese parque acunado por barriadas obreras*.

Avanzo con lentitud, dejando atrás la noria y el viejo molino de aceite del siglo XVIII. Pude visitarlo durante la investigación anterior, invitada por la directora de la Escuela Taller, cuyo alumnado se encarga del mantenimiento de los edificios históricos del parque. Antes de las escombreras del siglo XX, en el terreno que atravieso despacio hubo huertas romanas que se prolongaron a través de la historia en dos grandes Haciendas: la Albarrana y Miraflores. Quedan en pie un cortijo con su torre medieval y un puente de piedra que cruzaba el antiguo arroyo del Tagarete, el cual fue entubado en el subsuelo después de las riadas de los sesenta, y ha sido recreado ahora como canal.

Pienso en la Sevilla antigua sujeta a las crecidas del Guadalquivir y protegida secularmente intramuros, que más tarde sale y se extiende entre las huertas que la han alimentado y ha de ponerse en guardia ante las inundaciones de los arroyos Tamarguillo y Tagarete. He visto fotografías de esas inundaciones, que produjeron desplazamientos

masivos de población hacia barrios construidos con urgencia para los realojos. Ahora las viejas amenazas fluviales son vencidas por la brevedad simbólica del canal del Tagarete, que parece domeñarlas bajo el puente de piedra.

La coordinadora de los Talleres Prelaborales me explicó el otro día que cada vez que se anuncia el comienzo de un curso hay chicas de los barrios de la zona que quieren apuntarse a los talleres, pero no pueden hacerlo porque se lo prohíben sus padres, quienes no permiten que crucen solas este parque. Recuerdo bajo los árboles el miedo con el que me he encontrado otras veces. No sólo el que siente el resto de la ciudad ante ellos: recuerdo sobre todo el miedo de la gente de los barrios señalados a adentrarse en la ciudad. Un pánico camuflado que algunos hombres digieren con violencia y que se impone a muchas mujeres jóvenes con la prohibición, casi siempre marital o paterna, de ir más allá, de traspasar líneas imaginarias.

Voy por la sombra densa de las moreras. Sevilla se insinúa entonces, apenas entrevista desde la frondosidad de su parque más extenso y periférico, como un organismo que respira de forma desacompasada, insuflando temor al movimiento de unos miembros a otros. Miro desde el puente de madera vieja a los hortelanos trabajando, afanados en una tarea que los devuelve a sus pueblos. Conforme cruzo el parque pienso en las muchachas confinadas dentro de un territorio que se hace claustrofóbico a fuerza de no salir de él. Huele a tierra mojada sin que haya llovido ni vaya a llover en todo el día. La fronda lo absorbe todo, purifica el detritus, la fístula invisible del estigma. Respiro lento, quieta, los ojos entrecerrados, absorbiendo la potencia vegetal de lo que crece, de lo que puede regarse, abonarse y ser estimulado, o cercenarse, quedar en el abandono hasta pudrirse y morir. Me adentro dejándome llevar por el resplandor de octubre entre colinas lentas, a través de una arboleda que amortigua los ruidos de una ciudad que parece existir solamente muy lejos, casi como un rumor.

Hubieran podido salir todas las mañanas a la misma hora, siguiendo unos horarios que ordenarían sus ritmos de vida. Las pocas personas

que veo van corriendo solas, o pasean a sus perros. Nada indica peligro. El lago calmo y silencioso, el pinar atravesado por débiles agujas de luz. No soy capaz de reconocer todas las especies de árboles que voy encontrando. El miedo de los padres se difumina hasta hacerse borroso e irreal, como un indeseado sueño nocturno cuyas brumas se evaporan frente al día que crece. Dejarían sus casas todas las mañanas a la misma hora porque tendrían algo que hacer fuera de allí, aprender un oficio, conocer gente nueva, ganar un primer sueldo que les haría desear continuar trabajando. Me he bajado del autobús en la avenida de la Mujer Trabajadora, y ahora su nombre me martillea la cabeza. Arbustos jóvenes, recién trasplantados, bien fijos a la tierra, cuajados de brotes que crecen en muchas direcciones. Conforme cruzo el parque las imagino a ellas cruzando el parque, vuelvo a tener la edad que tienen y siento el hambre por dejar el pueblo, vivir lejos, ir a estudiar a Madrid, la emoción limpia de la primera estancia en el exterior sin padre ni madre, el estímulo de lo nuevo que vence pronto el temor a lo desconocido. Fue necesario sentir ese temor, tener que encararlo sola.

Alguien me contó que el lago grande del parque no es artificial, sino una laguna natural, y cuando lo miro regresa fugazmente la memoria del agua prófuga de Sevilla. Todos los días, aproximadamente a esta hora de la mañana, cualquier chica podría atravesar el parque, dejar atrás las huertas y el viejo molino, oler las plantas aromáticas, cruzar el puente sobre el canal debajo de los plátanos de sombra, aproximarse a los almeces, a los pinos, y salir por la misma puerta por la que voy a salir yo para encontrarme con las que sí pudieron.

Me alejo con desgana de los árboles, deteniéndome cada pocos pasos sin querer abandonarlos todavía, lentificada por una pereza extraña que hace que brazos y piernas se hayan vuelto más pesados. Pretendía haber preparado mentalmente en el paseo mi llegada al módulo de Pastelería y lo que iba a decirles a las alumnas, pero se termina el pinar y me veo parada en un descampado seco. Es la hora. Debo cruzarlo y llegar hasta la valla limítrofe. Cuando me bajé del autobús quería pensar en cómo abordar la primera entrevista, y luego he

permitido que el parque me distraiga. Lo único que hay que hacer es dejar que suceda, me digo mientras salgo por la puerta camuflada entre barrotes y repaso de memoria lo que he metido en la maleta la noche anterior: cuestionarios, bolígrafos, un cuaderno en blanco para tomar notas y la primera grabadora que me regaló mi hijo, preparada con pilas nuevas y con una cinta virgen en la que he escrito «Redes en T. Prelaborales (I)».

Enfrente, al otro lado de la verja, está la nave donde se ubica el módulo de Pastelería de los Talleres Prelaborales. Llamo al timbre. Abre la puerta metálica una de las chicas vestida con gorro y uniforme blancos, como el resto de las alumnas del módulo. Me presento como la socióloga que vino el otro día para hablar con ellas sobre una investigación que quiero hacer. Sin ademán alguno de reconocerme me mira de arriba abajo y no contesta, pero tras ella viene Pedro, el maestro pastelero, que me saluda con dos besos y me invita a entrar. Encima de la mesa ancha y alargada hay bandejas colocadas en fila, sobre las que algunas chicas depositan pequeños pastelitos en crudo que luego otras introducen en los hornos. En un rincón, dos de ellas se ocupan de retirar los útiles manchados y lavarlos en un fregadero profundo, encastrado en una encimera larga y austera, de azulejos blancos, bajo la que unas cortinas limpias, de cuadros blancos y verdes, esconden repisas de madera donde se apilan bandejas, cacerolas y otros útiles. Parece la cocina de una escuela antigua. Una de ellas es Elisabeth, la saludo por su nombre y no me reconoce porque cuando vine a presentarme ella no estaba, le digo que soy la compañera que iba con Luisa un día que nos vimos en el barrio, le doy la enhorabuena por haber entrado en el curso y le pregunto cómo está su niño. Ella hace amago entonces de esbozar una sonrisa que finalmente no llega a salir y contesta en voz baja sin mirarme que está bien, sólo un poco resfriado. Toda la nave huele a bizcocho y crema pastelera, a chocolate y hojaldre calientes. El aroma se eleva hasta alcanzar los techos altos. Las conversaciones se detienen. Desde detrás del tabique que divide en dos la nave se asoman algunas con sus batas y sus gorritos blancos, me miran y cuchichean entre ellas.

Pedro, canoso y corpulento, aparenta algo más de sesenta años. Me pide que lo siga hasta la mesa con ordenador del fondo, donde ocupo la silla libre que queda frente a la suya y saludo a la chica que se sienta en la otra.

Aunque el monitor es empresario y tiene su propia pastelería, lleva años enseñando vocacionalmente a muchas mujeres, con una intuición pedagógica de la que he podido ser testigo cuando Sara, la coordinadora de los talleres, me llevó por primera vez al módulo para verlo trabajar. Estuve presente en la hora de prácticas, y percibí su entereza y la serena autoridad que transmite al hablar a las alumnas. Ahora lleva adelante este módulo de chicas menores de veintiún años, pero ha trabajado sobre todo con mujeres mayores víctimas de violencia, enseñándoles el oficio de pastelera.

Te lo repito por última vez, Katya, le dice Pedro a la chica con firmeza: no permitimos faltas sin justificar, y esto lo sabéis todas desde el principio. Si no te interesa y te da igual perder esta oportunidad ya sabes dónde está la puerta, pero avisa antes, porque hay mucha gente esperando para ocupar tu sitio. La chica asiente muy seria y me mira de reojo, con la cabeza baja. Entonces Pedro se dirige a mí con cierta desesperación. Perdona, dice, pero ya sabes lo importante que es llegar a la hora y cumplir, tengo que hablarle así porque no ha cumplido, y es una pena, porque luego trabaja muy bien y no me gustaría tener que expulsarla. Mira a las demás y otra vez me mira a mí, aunque en realidad está hablando para todas. ¿Pero tú te crees que se puede faltar a un trabajo porque tiene una que ir a hacerse un tatuaje?, pregunta sin esperar respuesta, levantándose de la silla y elevando los brazos como un personaje bíblico. Esto ya es lo que nos faltaba, esto se lo cuento yo a cualquier empresario y es que no la contrata, vamos, por muy buena aprendiz que sea, ¡que lo es, porque el caso es que lo es!

No digo nada. Tampoco la chica habla. Continúa Pedro, que se vuelve a sentar tras observarnos a todas en silencio. Pues mira, como por alguien hay que empezar las entrevistas, ¿te parece bien empezar con ella, con Katya? Contesto que sí, y le pregunto a Katya si está conforme. Ella se encoge de hombros y casi sonríe. Las demás alumnas

están pendientes de nosotras, así que me levanto de la silla, elevo la voz y hablo para todas. Les cuento otra vez que se trata de una investigación para conocer sus redes personales, la gente con la que se relacionan, el apoyo de las familias, sus opiniones acerca de sus barrios y también del taller, qué les gusta y qué no les gusta del curso que están haciendo, en qué creen que podría mejorarse. Si ellas dan su aprobación quiero hacerles primero, individualmente, una serie de preguntas para conocer sus relaciones y poder obtener luego, en un programa de ordenador, los gráficos o mapas de esas redes personales. El mes que viene volveré para enseñarles los gráficos y hablar con cada una de ellas de todas esas cuestiones.

Las jóvenes aprendices de pasteleras me miran entre desconfiadas y apáticas, como si no estuvieran prestando atención a lo que digo, no lo entendiesen o no les importase. Me doy cuenta de que estoy demasiado tensa, por eso hago un esfuerzo para no parecer una especie de profesora autoritaria y suavizo el tono de voz. Ya sé que suena un poco raro, pero cuando lo veamos juntas comprenderéis mucho mejor todo esto. Las dudas que tengáis podemos aclararlas cuando queráis, ahora o más adelante, al hacer las entrevistas, pero sobre todo quiero recordaros otra vez que vuestra colaboración es voluntaria, que si a alguna de vosotras no le apetece participar no tiene por qué hacerlo, y lo puede decir ahora con toda confianza. Algunas chicas asienten con la cabeza y Katya dice «vale». Pedro me da la llave de un aula que está libre en ese horario y que podremos usar para las entrevistas, unas cuantas naves más allá.

La actividad del polígono industrial, surcado por furgonetas y camiones que se mueven con lentitud, es continua y rodea los muros de las naves donde se imparten las asignaturas y se practican los oficios.

Visité hace un mes, guiada por la coordinadora, los módulos de Carpintería Metálica, Fontanería, Pintura, Jardinería y Pastelería, semilleros de empleo para los Jonatans y las Vanessas menores de veintiuno rescatados de los barrios, y vi a los jóvenes en plena acción, soldando, pintando, cocinando, o sembrando y podando en el

parque vecino. Algunos chicos todavía tienen causas pendientes con la justicia. Si plantean conflictos al principio, el equipo técnico suele resolverlos y hacer cumplir las normas, a pesar de que en casos extremos tengan que decidir algunas expulsiones. Pero los que se quedan trabajan duro, ponen empeño en aprender. Madrugar en una casa donde nadie madruga es casi un acto heroico.

La proximidad del parque humaniza las fronteras. Bares con desayunos de cafés muy calientes y tostadas de manteca o aceite con jamón, a cuyo calor se mezcla una fauna heterogénea de empleadores y empleados, monitores, profesoras y alumnos, humanizan el interior del polígono industrial. Al fondo, el zumbido continuo de la autovía de circunvalación SE-30, que dentro del parque casi había pasado desapercibido.

Katya y yo salimos a la calle perseguidas por el aroma de pasteles calientes que irradia el módulo de Pastelería y es anulado pronto por el olor de metal quemado de Carpintería Metálica. Cuando llegamos a la nave donde se ubican las aulas y las oficinas, comienzo a subir las escaleras detrás de ella hasta el aula vacía del tercer piso y entonces descubro, en la parte baja de su pantorrilla enrojecida y asomando por sus pantalones piratas, un tatuaje que consiste en una K rodeada de una serpiente venenosa que se retuerce entre las líneas de la letra. Al llegar le pregunto cómo se le ha infectado el tatuaje. Me contesta que no sabe, pero que ella no faltó por ir a hacérselo como había dicho «el Pedro», sino que se lo hizo el día antes por la tarde, se le infectó a la mañana siguiente y por eso no pudo venir: tuvo que tomarse una pastilla y quedarse en la cama con fiebre sin decirle a su madre, la cual se había ido a trabajar muy temprano, nada de la fiebre ni del tatuaje. Pregunto por qué se lo ha hecho. Contesta muy rápida, como si esperase la pregunta, yo qué sé, yo qué sé, yo sé que luego cuando sea vieja a lo mejor el tatuaje me va a sobrar y me voy a arrepentir, pero como anteayer nos pagaron el curso y yo ya tenía claro en la cabeza desde hace más de un mes el dibujo que quería, fui y me lo hice. Dice que cuando lo vean su madre y su novio la van a querer matar, pero que ya se irán acostumbrando. Le pido que tome asiento,

saco de la maleta el primer cuestionario, la grabadora, la libreta y un bolígrafo, y apago el teléfono móvil.

He tenido que vencer la resistencia de mis jefas cuando les planteé hacer esta investigación. Les parecía «demasiado experimental», pero yo lo propuse como una continuación natural del trabajo anterior, que desveló la debilidad de las redes de las mujeres y hombres jóvenes como un freno para el acceso al empleo, la formación y los recursos. No creo que tengan redes muy débiles precisamente, dijo la jefa mayor. Expliqué que la debilidad de las redes en estos casos no implica falta de contactos personales, sino abundancia de personas muy parecidas entre sí, existencia de lazos fuertes muy homogéneos en cuanto a costumbres pero con escasez de movilidad física y social, lazos personales que impiden el acceso a canales de información capaces de aumentar sus opciones, y que tiran de las jóvenes manteniéndolas ancladas en los barrios, sin apenas expectativas ni deseos de mejorar sus vidas. Y qué pretendes hacer con eso, dijo la jefa menor. Conocer cómo se configura la red personal de cada joven, respondí, transformar cada una de esas redes en gráficos obtenidos por un programa informático y después visualizarlas con ellos y hacer entrevistas en profundidad, porque eso servirá para acercarnos a sus modos de vida y analizar cómo puede operar ese tejido de relaciones en sus posibilidades de empleo, incluso cómo podemos operar nosotras sobre ese tejido de relaciones. La jefa mayor y la jefa menor me miraron, se miraron y ninguna quiso dar antes que otra su brazo a torcer. Por fin cedieron cuando les dije que podríamos hacer con esto una evaluación externa de los talleres desde el punto de vista del alumnado. Tenía que haber empezado por ahí.

Por fin tengo ante mí, en carne con tatuaje infectado y hueso, a la primera informante de una muestra en la que habrá alumnas de Pastelería —un módulo donde sólo han entrado chicas—, y alumnos de Pintura, donde no se ha apuntado una sola mujer. Katya se rasca la pantorrilla tatuada y me mira con cierta curiosidad mientras me pongo las gafas, le pregunto su edad y la anoto en el cuestionario que he diseñado para la ocasión, diecisiete pero vamos casi dieciocho, dice. Aparte de la edad, el nombre sin apellidos y el estado civil, soltera, anoto sobre el papel el número uno junto a la palabra «RED», y comienzo una batería de preguntas que se apartan de lo que cualquiera podría esperar en una situación como ésa.

Me parecen equivocados, incluso ofensivos, los cuestionarios que piden a personas analfabetas o con un nivel muy bajo de lectoescritura elegir en qué grado, del 0 al 5, les gusta, les disgusta o están más o menos de acuerdo con cualquier cuestión, imponiéndoles unas escalas de medida que no comprenden. He flaqueado dando vueltas a la idea de que yo misma voy a exponer imágenes geométricas ante las miradas poco ejercitadas de adolescentes por quienes la escuela ha pasado sin apenas dejar huella, y a pedir que las analicen. Pero el cuestionario previo puede que despierte su interés, por centrarse en sus relaciones personales y darles protagonismo, así que una vez fabricada la herramienta y probada con algunas compañeras de trabajo, sólo queda por ver cómo reaccionarán ante ella las alumnas y alumnos de los talleres.

Katya «con ka y con y griega» abrió la lista de nombres exóticos que vendrían después, todas las Vanessas, Desireés, Jessicas, Tamaras y Elisabeths (unas con ese, otras con zeta y acabado en te, como especificaban asegurándose de que yo pusiera correctamente el nombre al principio del cuestionario). Me llamo Jessica, con dos eses, y soy del Polígono Norte. Me llamo Tania, soy de San Diego. Nombres elegidos por madres adictas a telenovelas de sobremesa y movidas por un anhelo de paraísos lejanos más estimulantes que los barrios de los que apenas habían salido, Pino Montano, La Barzola, Villegas, El Cerezo, San Jerónimo. Se inspiraban en el ambiente bíblico para sus varones, Samuel, Abraham, Josué, Israel, como quedaría confirmado más tarde en el módulo de Pintura, y en el exótico-latino para las hijas, todo ello aderezado con un confuso toque anglosajón.

Todas, tarde o temprano, hacían la pregunta: «¿Y esto para qué es?». Parecían pensar esta mujer me está preguntando por la gente que conozco, con quién paso el tiempo libre, a quién le cuento mis asuntos, a quiénes pediría dinero o ayuda para encontrar trabajo, y encima quiere saber la edad que tienen y si entre ellos se conocen mucho, poco o nada, y no sé qué querrá hacer con todo lo que le estoy contando de mi vida. Podrían haberse negado a continuar y marcharse, pero lo cierto es que no se iban sin responder aplicadamente a mis preguntas: allí permanecían con sus labios, ombligos y cejas perforados, sus grandes pendientes de argollas, sus

tatuajes y peinados inspirados en Amy Winehouse, concentradas a pesar de todo en dar los datos correctos acerca de las personas de su red. De mi madre ni hablamos, ¿vale?, y de mi padre menos, a ésos no los ponemos, para nada: apoyo cero. A la segunda o tercera pregunta vencían la resistencia inicial y sus maneras ariscas cedían pronto: se volcaban, se volvían expansivas. Mi abuela es la mejor, yo soy como soy por mi abuela, y además es la única que me da dinero, me da a mí y le da a mi madre, vamos: si quiere usted que les ponga nota, a mi abuela le pongo un diez en todo.

Hay toda una red de abuelas jóvenes, de entre cincuenta y cinco y sesenta años, pero también de setenta, que sujetan la precariedad de las familias y difunden calor en sus entornos. En el estudio anterior ya habían aparecido estas mujeres que fueron madres muy jóvenes, como luego sus hijas. Sin que yo preguntase directamente por ellas, habían salido de manera espontánea en casi todas las entrevistas que hice a las profesionales de empleo y del centro de salud, a las directoras de los colegios. Abuelas que asistían a las reuniones con las tutoras de sus nietos pequeños, que arrastraban un cansancio de larga duración sin apenas quejarse. Demasiada gente dependiendo de ellas durante demasiado tiempo. Se medicaban para poder seguir y seguían, seguían, no podían permitirse parar. A algunas las veíamos riéndose juntas algunas tardes en las asociaciones de mujeres, muchas ya viudas, haciendo labores y actividades para divertirse, yendo por primera vez al teatro, programando una excursión fuera de Sevilla que las haría disfrutar como si tuvieran quince años. Pero otras no tenían tiempo para eso. Algunas mujeres habían quedado con los nietos bajo su tutela, porque los padres no pudieron seguir. La presidenta de una asociación me había dicho que había perdido a un hijo que «tuvo la mala suerte de ser de una generación machacada». Las más jóvenes tenían todavía hijos adolescentes, y seguían trabajando fuera: limpiaban y cuidaban fuera y dentro de sus casas.

Katya, la primera entrevistada, ya señaló a su abuela como un apoyo más importante que su madre. No esperaba encontrarlas tan pronto, pero también habían cruzado el parque pensativas deteniéndose conmigo bajo la fronda, me habían acompañado al módulo de Pastelería y allí estaban, junto al horno caliente y al poyo de azulejos blancos arropando a las alumnas, hijas de lo que nosotras llamamos familias desestructuradas y ellas se habían limitado a intentar

estructurar sin darles nombre. Nietas poseedoras de redes egocéntricas donde los padres apenas aparecían y las madres no siempre, pero las abuelas surgían como importantes proveedoras de apoyo porque habían estado ahí desde el principio y permanecían en la adolescencia todavía escuchando, dando. Las chicas parecían necesitar de todos modos que alguien más las escuchase, quizás alguien ajeno a todo, por ejemplo yo misma. Estoy embarazada de ocho meses, es una niña, el embarazo va bien y mi novio sigue conmigo, estamos saliendo juntos desde hace un año, él es repartidor, yo voy a ser pastelera. Había problemas graves que yo no podía resolver, vivo con mi madre, que es alcohólica y está mala, y con mi hermano, mi cuñada y sus dos hijos. En mi casa hay muchas peleas, una mujer de los servicios sociales nos está ayudando, por eso esta entrevista me viene muy bien.

Tengo que evitar que las chicas esperen de mí soluciones que no tengo. Dicen que la entrevista «les viene bien» pero yo solamente estoy allí para escucharlas, no puedo hacer nada inmediato por ellas. Todo lo que podrá conseguir este trabajo será mejorar los proyectos de formación para el empleo dirigidos a chicas como ellas, informar en los despachos de arriba sobre lo que esta población necesita, pero no puedo ofrecer una ayuda personal como quizás esperan, al estilo de una trabajadora social o de una psicóloga. O tal vez no esperen eso y simplemente estén aprovechando mi interés por sus relaciones, mi escucha y mi silencio como un espacio en blanco que les permite desahogarse y verse desde fuera. Las preguntas que les formulo para completar el cuestionario podrían responderse en menos tiempo, puede que veinte minutos, media hora. Pero nos llevamos una hora o más en el aula cada vez, una chica y yo, las dos solas.

Mi hijo también tenía entonces dieciocho años. Faltaban sólo tres para que se fuera de casa, claro que eso no podíamos saberlo todavía. Yo estaba ofuscada porque no había querido ir a la universidad. Comenzaba a trabajar en hamburgueserías y en hipermercados porque quería tener independencia económica y, sin parar de hacer teatro en grupos independientes, gastaba su sueldo en clases de interpretación y canto, buscaba un camino como actor. En casa no teníamos claro si ése iba a ser un buen camino para él. Su padre y yo le planteábamos esa

duda, a menudo de forma inquisitiva, como si él tuviera la respuesta. Mientras tanto yo intuía cómo se iba formando velozmente a su alrededor la nueva tela de araña, una red heterogénea, diferente a la que hasta ese momento lo había sostenido, donde permanecían algunos amigos y amigas de la infancia y se iban agregando otras personas que encontraba en los empleos ocasionales, pero sobre todo aquéllas con las que comenzaban a compartir su vocación, a quienes en casa desconocíamos. No me parecía mal que tuviera una vocación y que trabajase para seguirla, pero su posición como joven no universitario en medio de los vaivenes del mercado de trabajo no me tranquilizaba en absoluto. Cuando rellenaba los cuestionarios con las chicas y después me esmeraba en el zulo por introducir correctamente las matrices de datos en el programa, para que éste me devolviera los gráficos de redes, me preguntaba qué contaría mi hijo si alguien le hiciera esas mismas preguntas. Puede que la desazón que sentía entonces viniera no por la incertidumbre sobre su futuro, sino por saberme ya empequeñecida y expulsada a un rincón de su red, convertida en un nodo de baja intensidad en un extremo disperso, fuera de un centro que yo había dominado durante años y que ahora se iba haciendo cada vez más tupido e inalcanzable, adquiriendo otras texturas, nuevas formas y colores que lo alejaban de mí.

Me parecía inadecuado, casi inmoral, imponer una asepsia metodológica, mostrar siquiera impaciencia. Todo lo más que hacía era reconducir las respuestas cuando se iban adentrando en detalles demasiado íntimos que se alejaban de lo que estábamos buscando. Pero claro que escuché. No me importaba tener que volver más días de lo previsto. Dos chicas cada mañana, tres como mucho, porque tenían que cumplir sus clases. No sé nada de mi padre desde que era chica, no vive con nosotros. Bueno sí sé, pero prefiero no saber, ¿me entiende? Mi novio es el principal ahora mismo, el que más sabe de mí: su madre, más que mi madre. Cuando preguntaban si las entendía no continuaban hasta que yo hiciera un gesto de asentimiento ante esa coletilla. Si me diera la gana, mañana mismo me iría a vivir a casa de mi novio, lo que pasa es que sería una putada dejar sola a mi madre,

con todo lo que tiene encima. Los novios actuales, pasados y futuros, seguían formando parte de la misma red, las pandillas permanecían indestructibles, siempre más sólidas que las familias, toda una cohorte de Jonatans, Ivanes, Samueles, Abrahames, Jonys y Richis, lo escribo como ellas me pedían que lo escribiese.

La grabadora funcionaba en medio de un aula demasiado grande para estar a solas con cada una de ellas. Es que yo en mi casa no me relaciono, bueno, ya se sabe, la hora de comer y cenar, pero le cuento más cosas mías a mi tía, que tiene mi edad y salimos juntas, que a mi madre, vamos. Mi hermana es la mejor, ella los conoce a todos, bueno, a algunas del módulo no las conoce, vale, pregunte usted y se los voy diciendo uno por uno. También Elisabeth, de quien yo no esperaba confesiones, cayó bajo el influjo expansivo del cuestionario: mi madre se creía que el Iván iba a dejarme, como les pasa a muchas, porque más que mi novio es el padre de mi hijo, pero ahí está, y yo con él hasta la muerte, con toda su familia, vivo con ellos, vamos, con eso lo digo todo. Se iba una y llegaba otra, dos o tres chicas como mucho, dos o tres historias densas cada mañana. Algunas traían olor de chocolate fundido. Todas me hablaban de usted.

Cuando terminábamos, antes de entrar en la nave otra vez, solían apurar en la calle un cigarrillo, tras haberme confesado demasiadas cosas. Yo me mantuve sin fumar a lo largo de todo ese trabajo. Pedro les abría la puerta, les hacía lavarse las manos antes de continuar y a mí me preguntaba si se habían portado bien. Algunas acababan de decirme que él era como un padre, y lo habían mencionado como parte de su red. Cuando me despedía de ellas me regalaban una bandejita con pasteles pequeños, hojaldritos salados o palmeras de chocolate. Regresaba cruzando el parque con los dulces recién hechos, todavía calientes dentro del papel.

Me costó dominar el programa informático con el que procesaba en el zulo las respuestas, en forma de matrices, para obtener los gráficos de sus redes egocéntricas, puntos unidos por líneas, dispuestos en una suerte de estructura molecular en la que los átomos o nodos llevaban los nombres de las personas que habían citado como miembros de sus

redes, y las líneas que los unían indicaban quién conocía a quién. El programa decidía las distancias, la situación y el tamaño de cada nodo en función de la intensidad del vínculo.

Con los gráficos de redes imprimidos en color dentro de mi maleta, dos o tres semanas más tarde, otra vez me paraba a respirar cerca de los huertos y cruzaba bajo los árboles el parque hasta llegar a la puerta de acceso al polígono industrial. Ya me saludaban por mi nombre, y algunas sonreían. Me gustaba llegar poco antes de las nueve y media para desayunar con Pedro en el bar de al lado, junto a la mesa donde se sentaban todas juntas. Luego subíamos de nuevo al aula, una sola chica cada vez. Todas reaccionaban asombradas ante sus mapas de redes. Cuando veían los nombres de su gente en cada nodo, preguntaban qué querían decir las formas y los colores. Las formas son el parentesco que tienen contigo, indican si son familiares, amigos, vecinos o compañeras del taller, les explicaba yo. Los colores, si son de tu barrio, de uno cercano, de uno alejado o de fuera de Sevilla. ¿Y el tamaño? Son más grandes o más pequeños según el mayor o menor apoyo que te dan. ¿Y eso cómo lo sabe usted? Por las preguntas que te hice, ¿no te acuerdas? ¿Y yo dónde estoy? Tú no estás, tú eres la protagonista, pero no estás. Qué alucine, repetían. Permanecían concentradas mirando de uno en uno los nodos, por si me había equivocado en algo. Los novios y las amigas íntimas eran los nodos más grandes y ocupaban lugares centrales, las abuelas y a veces también las hermanas se mantenían en medianías cercanas al centro, pues conocían a casi todo el resto de la red. Las madres eran más periféricas y de un tamaño algo menor, aunque no aparecían siempre. Padres apenas había.

Mira el Richi aquí, en todo el centro, el más gordo. Claro, porque lo nombraste en todas las preguntas de apoyo que te hice.

Sus actitudes de sorpresa son un buen punto de partida que estoy aprovechando para comenzar las entrevistas en profundidad. Los gráficos han vencido la apatía y las resistencias que pudieran quedar en algunas de ellas. Lo cuentan todo, responden rendidas a mis preguntas sobre el taller, me hablan de sus expectativas ante el empleo,

de lo que hacen en su tiempo libre. El taller está cambiando algunas actitudes. Tania, que según Pedro era la más rebelde al principio, me ha dicho hoy que está pensando en sacarse el título de la ESO porque aquí se he dado cuenta de que le va a venir bien para trabajar. Me ha sorprendido la siguiente afirmación, repetida por muchas de ellas: «Aquí he aprendido a hablar». Se refieren a que en los meses que llevan han aprendido a expresarse mejor, a no decir tacos continuamente y a «hablar sin gritar». Es algo que el equipo trabaja a conciencia, pues para conseguir empleo tienen primero que saber pasar una entrevista de trabajo. En el taller se les da la oportunidad de realizar entrevistas reales con empresarios, y algunas han comenzado a hacer las prácticas en hornos de Sevilla, donde los monitores esperan que puedan conseguir un contrato en firme al finalizar. Para ellas las prácticas equivalen a tener un trabajo auténtico, a ser en muchos casos las únicas referentes de empleo formal en sus familias, donde pocas personas trabajan, o lo hacen sólo en la economía sumergida.

Mi abuela le dijo a mi madre que yo viniera aquí, porque no me quería vagueando en la cama hasta las doce como mi hermano el mayor, y yo al principio no quería madrugar tanto, pero ahora veo que esto me viene bien. Querían salir de sus barrios, formaban sus lazos fuertes —novios, amigas— con personas de barrios vecinos, percibidos como territorios mejores que los propios. Aquello lo conozco y ya sé lo que hay: nada más que trapicheo. Dentro del barrio quedaba la familia y acaso algunas vecinas formando islotes de color rojo. Yo no salgo con gente de mi barrio desde que tenía once años, estoy harta de mi calle y de la gente de mi calle. Había en casi todas ellas un intento de huída que no apareció en los chicos del módulo de Pintura. Sin embargo las dos muchachas más débiles declaraban su «miedo a salir», y quedaban atrincheradas en nubes de nodos rojos frente a una ciudad que las atemorizaba. Islotes verdes y amarillos conformaban pandillas con las que se pasaba la mayor parte del tiempo, jóvenes que también habían abandonado la escuela y trabajaban desde muy jóvenes o seguían «en la calle», sin hacer nada.

No eran mis hijas. No debía dejarme confundir aunque tuvieran la edad de mi hijo. Al terminar la entrevista se iban contentas con sus extraños mapas de relaciones, que yo les regalaba dándoles las gracias por su colaboración. No son mis hijas, me repetía al regresar

atravesando de nuevo las colinas del parque, y pensaba en mis hijos, qué contarían de nosotros si alguien les hiciera esto.

Ese trabajo me hizo imaginar mis propias redes a lo largo de los años. Yo no había sido muy distinta de ellas, salvo quizá por tener un padre y una madre que me apoyaron, por haber estudiado «hasta el final», como decían, y eso desde luego establecía una distancia. Pero las dinámicas, el baile cambiante de nombres y sus lugares dentro de la red no habían sido diferentes, después de todo.

Contesté yo misma el cuestionario y observé el gráfico de mi red egocéntrica con un asombro parecido al suyo. Tampoco confío en demasiada gente y, si observo el mapa que refleja un momento de la molécula de mi vida, ese momento y no otro, siento espacios vacíos, átomos aislados entre los que a veces floto a la deriva sin ser capaz de seguir una dirección clara.

Novios primerizos, pronto exiliados a las esquinas inferiores y luego borrados para siempre, amigas que permanecen desde la infancia y otras circunstanciales que terminan cayendo de la red al vacío, compañeras de estudios o trabajos que se hacen amigas y siguen apareciendo ahora, proyectando su solidez hacia redes futuras. Soñaba con mis redes mezcladas con las de esas muchachas, tenía sueños en color de gráficos moleculares. Amores breves que habían pasado como nodos aislados, a los que el resto de nodos nunca conoció, de los que nadie supo. El marido, eterno novio desde muy temprano, omnipresente, central. Mi padre y mi madre pasando por diversos grados de centralidad, periféricos cuando yo era tan joven como ellas, como nosotros lo éramos ahora en la red del hijo. Luego el agujero negro de la muerte del padre, la presencia perdida de los muertos que cruza como una sombra las redes futuras y esquiva sus geometrías, sin materializarse ni dejarse atrapar por programas informáticos.

Nombres de seres conocidos se acercan entre sí o se van para siempre, dejando profundos agujeros vacíos que ningún otro podrá ocupar aunque sobre el papel parezcan intercambiables.

La fuerza del devenir se detiene en cada uno de nuestros mapas de redes personales

como en una fotografía que reclamase nuestra atención sobre la imagen fugaz, captada en un instante, a punto de transformarse y desaparecer. La muerte física, y también la muerte de la amistad o de la confianza, revolotean sobre nuestros gráficos de redes egocéntricas sin hacerse visibles, por omisión, en los espacios vacíos, pero el calor de los lazos que nos sostienen se materializa en líneas y puntos de distintos colores y formas, es capaz de irradiarse por la red y a veces nos traspasa como el olor caliente y familiar de un horno lleno de hojaldre, bizcocho y crema pastelera.

4

Entrevista número dos

Cuando me presenté a la última entrevista de selección, la coordinadora del área de empleo me saludó con dos besos, me invitó a sentarme y comentó sonriente mientras se sentaba frente a mí, al otro lado de la mesa, que conocía alguno de mis trabajos anteriores. Estaba consultando mi currículo en su despacho amplio y poco amueblado, despojado de adornos. Explicó que había leído el primer libro que escribí, que asistió a la presentación oficial que se hizo —pero había mucha gente y nadie nos presentó a nosotras— y que le había parecido un estudio «original y necesario».

Veo que te has centrado en el campo del empleo y que eres experta en exclusión social y... Género, añadió, mirando alternativamente a los papeles y a mí. No recuerdo qué contesté, ni siquiera estoy segura de haber contestado a eso. Me estaba fijando en la planta que tenía sobre la mesa, una *Euphorbia* pequeña y compacta, sana, bien cuidada, que me hacía sentir bien, porque las flores infantiles y suaves de las *Euphorbia* tienen sobre mí un efecto sedante a pesar de los pinchos agresivos del tallo, o precisamente debido al contraste con ellos. En aquel momento, más que considerarme experta en cualquier asunto, me sentía yo misma en riesgo de exclusión social. Había vuelto a meterme en la concha y a enredarme otra vez con experimentos literarios que me aislaban, sin hacer una búsqueda de empleo lo suficientemente activa, confiando en que me llamarían pronto desde la oficina de empleo o desde alguna de las entidades en las que había trabajado. Pero llevaba ya casi cinco meses desempleada, sin que sonara el teléfono, a punto de agotar mi prestación, y el trabajo

inestable de mi marido no atravesaba un buen momento: la economía familiar volvía a ser precaria. Los vaivenes de siempre se hacían más difíciles de sobrellevar desde que me reincorporé. Es fácil acostumbrarse a una nómina propia, a llevar un sueldo a casa, y el no hacerlo me lleva a perder la confianza en mis posibilidades en mucho menos tiempo del que he tardado en adquirirla. La alternancia de empleo y desempleo me aboca a un ejercicio extenuante, similar al de subir y bajar montañas, o algo peor: empinadas cuestas despojadas del romanticismo de las montañas, cuestas agotadoras que conducen secamente al trabajo o al desánimo. No es sólo el sueldo, por otro lado escaso, sino la brusca interrupción de una labor cuya continuidad creo necesaria, el enfriamiento de un hervidero de ideas que podrían ser útiles. Después de haber coronado un contrato temporal hacía más de cuatro meses, en que dejé entregado el último estudio para su publicación, me sentía bajando por una pendiente demasiado inclinada, próxima al despeñamiento y un poco enferma de vértigo, con esa náusea.

Cuando termino estos trabajos intensivos, que en la fase final desbordan el horario de oficina y continúan en casa durante tardes, noches y fines de semana, entro en el primer mes de desempleo aliviada, como en unas vacaciones, ignorando con total inconsciencia la incertidumbre laboral a la que vuelvo. Recupero con avaricia la libertad de horarios y el trabajo dentro, a mi ritmo. Pongo la lavadora y fregoteo mientras escucho la música que me viene en gana, sin descartar el heavy metal, como cuando era una madre veinteañera. A veces lo dejo todo y me siento a ver conciertos de Led Zeppelin para observar las evoluciones eróticas de Jimmy Page sobre el escenario, o me levanto, subo el volumen y dejo que su guitarra conquiste toda la casa mientras yo vuelvo a reinar en la cocina, retomando de manera compulsiva la congelación de menús variados para mi hijo. Leo libros que nada tienen que ver con mi trabajo exterior. Cualquier cosa que haga me devuelve a una intimidad recuperada y densa. Las macetas necesitaban más atención y ahora me entrego: podas, esquejes, abonos, trasplantes sin fin. Me siento igual de excitada al retomar un

texto literario, cuya lectura o escritura había tenido que interrumpir debido al absorbente trabajo de redacción en la cuesta final, que al cocinar un arroz en un día laborable, tras haber ido al mercado a escoger las verduras y la carne o el pescado sin prisas, y estar en casa cuando llega la niña con ese arroz recién hecho, siguiendo muy de cerca su primer curso en el instituto. El instituto ya, doce años ya. A veces tengo espejismos domésticos y pienso que podría seguir así, recogida otra vez en la concha acogedora. Después llega la atrofia: necesito salir, retomar lo que es mío y no comparto con ellos, el sentido que el trabajo le concede ahora a todo. No estoy narcotizada por el hogar, siento ausencias, recuerdo a las mujeres con las que he trabajado, las que han participado en la investigación, también las compañeras. Quiero saber qué va a hacerse con lo que he dejado escrito, qué utilidad tendrá, cómo va a difundirse y si de verdad podrá contribuir a cambiar algo que debe cambiarse. Añoro mis nóminas mensuales, todas y cada una de ellas, de la primera a la última, cualquiera que haya sido su cuantía. No me importará otra vez aceptar condiciones extremas, un sueldo bajo, un lugar inhóspito en la periferia, una tarea que debería hacerse en el doble de tiempo pero no me permitiré entregar a medias, rebajando la calidad. Este es el precio: así pago los años suspendidos en el limbo, el no haberlo llevado todo para adelante porque no supe abarcar tanto, o no tuve ayuda, o no quise hacerlo mal, ya poco importa, no quiero perder más tiempo con los porqué, bastante me he demorado con los porqué, los qué-hubiera-pasado-si, si-yo-no-hubiera, si-empezara-otra-vez y toda esa familia de inútiles condicionales que nunca llevan a buen puerto. Lo que debo transmitir en las entrevistas de selección es que puedo y quiero, e ignorar de una vez por todas esos condicionales que florecen en las esquinas de las edades fronterizas.

Los cuarenta años, o los cuarenta y cinco bajos de defensas, debilitados por una voluntad que de repente flaquea, son buen caldo de cultivo para que el virus del tiempo condicional se extienda por el cerebro como un moho que lo invade y lo ablanda. De acuerdo, lo hiciste, ¿y qué? Te casaste muy joven con quien te deslumbró y en las

distancias cortas dejó de deslumbrarte. Así es como sucede. Tras el deslumbre aflora, no sin dolor, no sin grandes esfuerzos, algo que resulta no ser la planta ornamental y llamativa que esperabas, sino que adopta la forma intrascendente de la hierba, para tu decepción. Una hierba musgosa que las tempestades no consiguen romper, capaz de resistir sequías y heladas propias de las inhóspitas estepas de la vida en pareja. Ese musgo cada vez más tupido, surgido de humedades profundas, demuestra una admirable resistencia ante la acidez de un medio hostil mientras os va cubriendo año tras año, os coloniza, actúa como adhesivo entre vosotros impidiendo que salgáis disparados en direcciones contrarias. Su gran poder de regeneración le hace sobrevivir al simple encoñamiento que todos creyeron vislumbrar al principio, la diferencia de edad para ambos intrascendente, los obstáculos que la gente veía con tanta claridad y tú no percibías siquiera. Pero quién te mandó casarte tan pronto, te dicen personas que al parecer esperaban algo de ti, y lo que es peor: te dice muchas veces esa incómoda voz interior que aflora sin que la hayas convocado.

Tendrías que haber seguido avanzando en el trabajo para el que habías estudiado durante tanto tiempo hasta conseguir un empleo fijo, bien pagado, en lugar de convertirte a los veintidós en una madre alérgica a las guarderías, dejar que te mantuviera un marido bohemio y aparcar lo demás, con escaso o nulo sentido práctico. Con lo que la muchacha prometía en el instituto y en la universidad, piensa con supuesta aflicción la gente que te observa mientras tú, inconsciente y feliz en realidad, desde mucho antes de los treinta años estás educando a un hijo y encarando tempestades junto a alguien que está en la órbita de los cuarenta. Y no es hasta que cumples tú esa edad, recién atravesada la famosa frontera física y psicológica —que no era para tanto: ves claro que lo peor aún está por venir—, tras haber realizado unos pocos trabajos temporales, algunos sin relación con lo que estudiaste, entonces, seis años después de nacer la niña y con el hijo estrenando su propia mayoría de edad, cruzando él mismo su propia frontera, te propones dejar a un lado ese juego mohoso y asumes que

sí, que te liaste la manta a la cabeza, que empezaste la casa por el tejado y todos los refranes que tu abuela y el resto del mundo te hayan podido decir a lo largo de ese tiempo, pero que a lo mejor todavía no es tarde para ti: primero la pareja y los hijos, luego el empleo de verdad, con total dedicación, en una apuesta de riesgo que nadie te ha exigido ni debes esperar que vaya a agradecerte.

No tiene utilidad preguntarte por qué: la vida se abrió camino sin resistencias, sucedió cuando tuvo que suceder, de manera biológica, inconsciente, el padre andaba lejos, iba y venía arrastrado por la música en directo y nunca te pidió que te quedaras en casa. Fuiste tú quien no quiso multiplicar ausencias ni dejar todo en manos de las instituciones. Educarlos implicaba, para ti, hacerlo con horarios ajenos a lo impuesto. Guarderías. Bastante mal lo pasaste cuando tuviste que llevarlos a la escuela, pero no quedaba más remedio: no tenías por qué aislarlos de la normalidad. O no tuviste valor para hacer eso. Sólo alcanzaste a echar un pulso a la escuela enseñándolos tú misma a leer y a escribir casi a los tres años, guiada por una tozudez y una rebeldía difusas, por demostrarte que eras capaz de cuidar y de educar sin sujeción a horarios ni a métodos ajenos, de resistir junto al hombre los duros envites que os hubieran separado de no haber opuesto tanta resistencia, apretados el uno contra el otro en posturas cada vez más difíciles, alimentando el musgo ante ácidos huracanes.

Ese trabajo de náufraga fortalece algo en ti, no sabes muy bien qué, a veces te sientes atrincherada y autosuficiente, te justificas pensando que educar a tus hijos es lo mejor que puedes hacer por ese mundo que a pesar de todo sientes que te reclama para algo más, engañada como si apenas necesitases nada de fuera, y sólo aciertas, en todo caso, a percibir que se van debilitando tus posibilidades de trabajo en el exterior. Ganas fuerza en destrezas propias de la resistencia de una carrera de fondo, pero pierdes confianza para salir de la isla, se atrofian algunos músculos sociales, profesionales. Fantasear ahora con óptimos escenarios laborales y con una cuajada trayectoria profesional a tus espaldas es casi perverso, supone inventar una vida completamente distinta donde tal vez no estuvieran ellos, ni el padre

ni el hijo ni la hija, o éstos últimos no fueran del todo como son, como te gusta que sean, pensar en una vida distinta y desde luego posible, que tal vez había entrado en tus confusos planes adolescentes, pero que ya no tiene sentido imaginar.

Trabajo, pareja y niños fue lo normal para muchas universitarias de tu generación, y ahora lo es para casi todas, si es que no eligen quedarse sólo con el trabajo y desarrollar una carrera profesional sin interferencias familiares. De haber seguido esas opciones en este momento estarías más lejos del mileurismo y podrías contarte a ti misma, en tus ratos de ocio, una biografía cercana a lo que esperabas en la prehistoria de todo.

Cada día ves a tu alrededor el paisaje caótico de vidas bien planificadas y luego hechas un lío, divorcios complicados, hijos confundidos, educados con blanduras o prisas y después brutalmente implicados en las rupturas, mal protegidos del torbellino económico y sentimental que arrastra a madres y padres. Soledades no buscadas ni deseadas, dentro y fuera de la pareja, que confunden los sueños primerizos y desvían las miradas de lo importante, y a veces rematan como un sinuoso encaje de bolillos muchas de las carreras profesionales femeninas que consiguen el éxito, pero ¿acaso te libras tú de esas soledades por haber interrumpido una carrera profesional? Estás igual de jodida que si hubieras hecho las cosas como el mundo esperaba de ti, éste ha sido el soniquete de tus peores momentos, pero tranquilízate, respira y mira al frente. Para qué mortificarte con las posibles opciones. Admite la simpleza de la complejidad: afrontaste las cosas según se fueron presentando, sin una capacidad de planificación de la que carecías, solo con la voluntad de construir algo propio, auténtico.

Aquí lo tienes ahora: la casa que empezasteis por el tejado no se ha derrumbado como auguraban, más bien el paso del tiempo parece dar firmeza al edificio. Después de tantas crisis y amenazas de desalojo, se ha convertido en un refugio cálido donde poder ovillarte durante el barbecho al que te aboca la precariedad laboral, una base sobre la cual retroceder los pasos necesarios para tomar impulso y abrirte otra vez

camino en la selva del empleo. El hogar siempre permite el retroceso. Sobre todo si eres la madre. Sobre todo si llevas mucho tiempo siendo la madre. En las redes internas del hogar, la posición de madre facilita enormemente el retroceso. Esta reflexión podría ser anotada en tu diario de campo para futuras investigaciones.

«A las de más de cuarenta, cuando nos lanzamos, no hay quien nos pare», te dirá una mujer que parece una amiga de la infancia pero que ha tenido muchas más dificultades que tú y que las amigas de tu infancia para salir adelante, y añadirás al saco esa sentencia vigorosa. Allí comparte espacio con otras que repites muchas veces en silencio, como un mantra al compás del traqueteo del tren de cercanías, «Lo que no me destruye me hace más fuerte», tan masculinamente ambigua como útil, pero también otras de tu propia cosecha como «Te jodes, haberte preparado oposiciones», pragmática y cargada de sentido, pues en realidad nunca has querido hacerlo, eso te parecía atarte de por vida a cualquier institución y te negabas, por mucho que te dieran un sueldo fijo a cambio. Ahora, cuando en la antesala de la menopausia vuelves a pensar durante tus periodos agónicos de paro en la posibilidad de preparar oposiciones, ya no te acuerdas, pero repetías eso mucho, nada de oposiciones, lo defendías con uñas, dientes y un acento retador, dirigido confusamente al mundo.

Tu madre tuvo trabajo fijo desde siempre y tú no lo has tenido. Cometiste la crueldad de hacerla desear durante años verte convertida «Por lo menos», decía, en una administrativa como ella, con oficina, horarios fijos y un futuro económico resuelto. Te atabas muy pronto a «Ese hippy mucho mayor que tú», como lo llamaban, en contra de la opinión del resto de la humanidad, ante su escándalo, creyéndote una especie de guerrillera antisistema, pero no quisiste atarte a un trabajo estable y mucho mejor pagado que el de tu madre, que hubiera sido lo verdaderamente revolucionario. Formas parte de un fenómeno digno de ser analizado desde diversos puntos de vista, en realidad mil veces ya observado, diseccionado y envasado al vacío en categorías que ayudan a explicarlo. Pero ha pasado el tiempo del análisis y ha llegado el tiempo de la acción, de poner tu voluntad en marcha, porque es

verdad que, a estas alturas, lo que no ha logrado destruirte parece haberte hecho más fuerte. Tampoco vayas a renegar ahora de aquello en lo que creías, incluyendo tu fobia a cualquier cosa que oliera a burocracia. Ya se encarga el tiempo solo de echarlo todo por tierra y de cobrar su precio. Pagarás el paso de los días enteros junto a tus bebés, creciendo al lado y al ritmo de tus niños chicos, aprendiendo con ellos. Las mañanas de experimentación en la cocina probando nuevas recetas capaces de alimentarlos bien a todos, también a un hombre, sí, que trabajaba mucho y al que querías cuidar, una verdad que no debieras ocultar nunca. Pagarás la formación autodidacta que continuaste en casa después de licenciarte en la universidad, y las horas lentas de escritura, aunque fuera para romper lo que escribías, en esas pruebas enfermizas y lentas, carentes de sentido, que dejabas suceder, alargarse y repetirse casi contra tu voluntad. Tiempo. El tiempo te pasará factura como una maldición bíblica: después de dar a luz sin anestesias pagarás por haber dado la teta a demanda, dos años dando el pecho sin ir a guarderías, recuerda tu odio sordo hacia las guarderías y tu placer gatuno ante cunas y camas habitadas, calientes, las mañanas de invierno. Estás pagando un peaje, no te has quejado nunca de la vida bohemia: te gustaba no tener que rendir cuentas y llevar las cosas siempre a tu manera, el niño, la casa, la lectura, la niña, la escritura, con poco dinero pero libre de hipotecas y créditos, viviendo felizmente de alquiler, comprando cosas sólo cuando tenías dinero para comprarlas. Tiempo, tiempo, más tiempo. Eso no iba a quedar así, tarde o temprano pagarías, incluso te encadenarías al fin a una hipoteca ya casi cuando el hijo iba a independizarse. Tragarías como tragaron las que despegaron antes que tú, y ahora afrontas las adversidades laborales de hoy con la sensación de no haber hecho todo cuanto estaba en tu mano por haberte incorporado antes, de haber sido una especie de monstruo asocial, de tener que aguantar ahora por no haber dejado entonces que te jodieran hasta el límite.

Cuando trabajas en contacto con personas que viven mucho peor que tú intentas hacer comprender, a quienes toman las decisiones, qué necesitan y qué pueden aportar esas personas, aunque para eso tengas

que agruparlas fríamente en «colectivos», despersonalizándolas. Evalúas, diagnosticas. Pero cuando se trata de ti, de valorar tu situación de mujer que ha regresado para quedarse en la economía pública, la conciencia de tu pasado y el peso de tu biografía te llevarán a suavizar inconscientemente la barbarie. Te ablandarán, evitarán que seas una verdadera amenaza para el mercado, porque a pesar de todo asumirás como si fuera un fenómeno meteorológico, una fuerza de la naturaleza que se te impone, que estas temporalidades y estas condiciones laborales injustas son tu necesario peaje particular después de los años silenciosos, después de haber vivido y educado a tus hijos como creíste que era necesario. El precio de haber pasado por esa larga y dulce agorafobia para volver a transitar de nuevo por el mundo exterior.

Sea como sea, ahora cuatro meses dentro ya son demasiados. Un brazo o una pierna se van quedando dormidos y tengo que vencer ese hormigueo paralizante con movimiento, poner todo el cuerpo en marcha, no sólo el miembro atrofiado: todos y cada uno de los músculos, la cabeza en marcha hacia el exterior. Entonces me llaman por teléfono de la oficina de empleo, porque he salido en el sondeo para esta oferta en la que encaja mi perfil y, movida por un entusiasmo inexplicable, aquí estoy en el despacho amplio y austero —otra vez con un afán primerizo— frente a otra coordinadora. Me abruma que alguien me declare experta en cualquier cosa, pero sobre todo en mujeres-en-riesgo-de algo, incluso siento pudor por haber hablado o escrito en tercera persona sobre esas mujeres a las que llamamos vulnerables, como si yo no lo fuera, como si nunca hubiera pasado penurias y no me quedaran penurias por pasar. Una regla a seguir: jamás confesar esto en el entorno laboral, y mucho menos pensar siquiera en ello durante el transcurso de una entrevista de trabajo. Después de comentar detalles relacionados con mi experiencia anterior, la coordinadora me explica el tipo de investigación que quieren hacer y me pregunta cuánto tiempo pienso yo que se necesita para hacerla. Contesto que un año, calculando un plazo breve que coincida con lo que supongo que pueden ofrecerme. Vale, dice la

coordinadora: si te seleccionamos tendrías seis meses para realizar la investigación y dejar escrito el estudio, no hay presupuesto para más, ¿crees que podrías? Otra regla a seguir: jamás decir que no ante una pregunta como ésta. Me había prometido no aceptar otra vez un trabajo que hubiera que terminar a deshoras ni con apresuramiento, pero esa promesa se me acaba de olvidar, y de lo que me acuerdo ahora es de los nombres tan rebuscados que repetían mis compañeras orientadoras en las reuniones sobre cómo preparar a las mujeres del barrio para las entrevistas de trabajo: el autoconcepto, la reformulación positiva, la expresión corporal y todo el arsenal de técnicas que hay que poner en práctica, a ser posible sin que se note un mínimo esfuerzo, para convencer a la persona que te está entrevistando.

A pesar de ir discretamente maquillada, perfumada y vestida para la ocasión, con mi traje de chaqueta nuevo, es decir de hace cuatro o cinco años pero poco utilizado, cuyos pantalones presionan mi cintura ensanchada por la relajación de costumbres y el abandono total del gimnasio durante el desempleo, me resulta difícil transitar en un segundo de la duda a la certeza y ocultar el estado de ansiedad que me provoca la urgencia por conseguir trabajo. Pero digo que sí, que sería posible hacerlo en seis meses si no hay otra posibilidad, y para reafirmarlo me enderezo, recordando la importancia de la expresión corporal: separo los brazos que se habían cruzado solos, sin pedirme permiso, relajo la mandíbula y la miro a los ojos, consciente de mi sobrepeso.

Ya sabes, aunque seamos de la administración tenemos muchas limitaciones, y más ahora, como está la cosa, dice ella sonriendo y refiriéndose a la crisis. No hubiera sido necesario que me ayudase de esa manera espontánea a respirar y a descargar la tensión de los hombros. Me pregunta que cuánto tardé en hacer el estudio que ella ha leído. Respondo que un año. Claro, claro, un año, qué menos que un año, me encantaría poder ofrecerte un año, pero sólo puedo ofrecerte seis meses. Otra persona habría aprovechado su situación ventajosa para hundirme en la silla y hacerme sudar todavía un poco

más, incluso aunque supiera ya que iba a seleccionarme para el puesto, y no sería la primera vez que eso me sucediera. Pero no es su estilo: percibo que ella no necesita abusar de su poder. Como tiene esa condición no se ha visto envilecida por la crisis, que lleva a las más cabronas a refocilarse con la prójima desempleada usando las técnicas más agresivas del interrogatorio laboral. Eso me da confianza, y luego la conversación entre nosotras fluye, incluso me permito comentar mi admiración por ver una *Euphorbia* tan sana en el interior de una oficina. La coordinadora no conocía el nombre de esa planta que alguien le había regalado unos días antes, y dice que no tiene ni idea de cómo cuidarla para que siga así. Henchida de seguridad temo que salte por los aires el botón de mi pantalón, pero inmediatamente siento que quiero adoptarla como jefa y se evapora cualquier miedo.

Nuestra segunda informante, la orientadora laboral que está sentada frente a mí, lleva años entrevistando a mujeres, pero no tiene costumbre de que le hagan entrevistas a ella, y noto que está algo tensa frente a la grabadora. Al ver cómo la mira le recuerdo que será de gran ayuda grabar la entrevista para luego poder hacer la transcripción, pero que si quiere no la encenderé, a lo que ella se niega asegurando que no tiene inconveniente en que la grabe. Es pedagoga, y desde hace nueve años trabaja en un programa de orientación para el empleo. No sólo para mujeres, aclara, y le digo que por eso, entre otras cosas, la hemos elegido mi coordinadora y yo, porque nos interesa reflejar las diferencias entre mujeres y hombres usuarios de los programas. Tras algunas preguntas de carácter técnico le pido que me ayude a trazar al menos una trayectoria típica de inserción laboral femenina. No sabría decirte, los casos son muy variados, cada persona es un mundo. Por ejemplo, digo, imagina a una mujer casada y con hijos, que llega de un desempleo de larga duración, con urgencia por trabajar.

Ah, de ésas hay muchas, y ahora más. La urgencia suele venir por el desempleo de sus parejas, que está siendo masivo y brutal, como te he dicho antes. Pero también porque los hijos han crecido y la mujer necesita desarrollarse fuera de casa. Porque la casa puede llegar a ser

muy dura, sobre todo si empiezas a tener hijos muy joven y te metes dentro entonces. Sin darse cuenta se ocupan de la casa, cuando te digo casa te digo marido, te digo hijos, madre, suegra o cualquier otro familiar que viva con ellas, aparte del trabajo de la casa en sí, y se van olvidando de cuidar de ellas mismas y de seguir formándose. Eso pasa mucho.

Elena, mi orientadora, se parecía a la entrevistada número dos incluso en la manera de vestir, con ropa de diseño desenfadado pero de buena calidad, y también era unos diez años más joven que yo. Seguro que ambas deben de conocerse, aunque pertenezcan a distintas zonas y entidades, claro que en ningún momento haré ese comentario.

Me presenté en la oficina de orientación diciendo que era ama de casa y quería trabajar. Al responder a las preguntas que me hizo para cumplimentar el expediente e incluirme en la base de datos del centro, Elena se sorprendió mucho cuando le dije que tenía una licenciatura y experiencia en mi campo profesional, por trabajos que hice varios años antes en Madrid. Llegaban pocas licenciadas de mi edad al servicio. Me aconsejó que, si quería trabajar, obviase lo de ama de casa y me presentara siempre, ante cualquiera, como profesional.

Verás, la mujer llega aquí, se sienta en esa silla donde tú estás sentada y me da los datos que necesito para abrirle el expediente. Una vez que ha contestado a las preguntas del cuestionario inicial, puedo entrar en detalles y dedicar algo más de tiempo a conocerla. Algunas saben que yo no puedo proporcionarles un empleo, sino orientación, ayuda, apoyo para que lo encuentren. Otras directamente me piden trabajo. A todas les pregunto en qué quieren trabajar, qué experiencia previa tienen, qué saben hacer. La mujer que viene de estar años en su casa, da igual si tiene o no estudios, te va a decir que no sabe hacer nada. ¿Qué sabes hacer? Nada. Así. Aunque te suene exagerada, la respuesta inmediata es ésa, llevo años. Si ha estudiado algo dirá: sí, tengo ese título, pero llevo tanto tiempo alejada que he perdido el contacto con lo que estudié. En Sevilla hay muchas, muchísimas, sin estudios, si acaso los primarios y para de contar, aunque desde hace casi tres años, por la crisis, están llegando más mujeres jóvenes, con

distintas titulaciones y con experiencia laboral reciente, y otras que rondan los cuarenta o cincuenta, tituladas, con un desempleo de larga duración. Yo parto siempre de que todas tienen habilidades más o menos ocultas, algunas que han desarrollado y otras que todavía no han tenido ocasión de desarrollar, pero todas tienen un potencial, ¿sabes? Y mi trabajo es conseguir que utilicen ese potencial. O por lo menos que sean conscientes de que lo tienen.

Las orientadoras laborales trabajan en esto desde que terminaron en la universidad, suelen ser pedagogas o psicólogas, y a partir de los treinta empiezan a querer tener hijos, pero se debaten entre hacerlo o no por la inseguridad de sus contratos, sujetos a limitaciones temporales, separados por períodos de desempleo que las desmoralizan. A eso se añaden las dificultades que tienen muchas de ellas para contar con alguien que pueda ayudarlas en el cuidado de sus bebés, una persona de confianza con quien dejarlos, a ser posible el primer año y cada vez que enfermen; alguien que pueda llevarlos y recogerlos de las escuelas y guarderías, cuyos horarios no siempre se complementan con los de una madre trabajadora. Elena sacó pronto a relucir ese deseo personal de ser madre. Comenzó por sondear mi antes, mi durante y mi después. Y en mi proyección de futuro, en el «qué te gustaría hacer» le dije que, si no fuera posible dedicarme a la investigación y volver al campo de la exclusión social, que era el que más me interesaba, no me importaría hacer lo que estaba haciendo ella, por ejemplo. Entonces fui yo la que comenzó a hacerle preguntas sobre su trabajo, el cual hasta entonces desconocía, pero que me pareció una opción viable para mí. No recuerdo qué fue lo que desencadenó las confesiones espontáneas que me hizo sobre su vida, incluyendo su convivencia como pareja de hecho con otro técnico que también quería ser padre. Llevaban cinco años viviendo juntos, pero se lo pensaban tanto porque, al ser de pueblos alejados de Sevilla, sus madres no estaban cerca para ayudarles, y además temían un recorte de gastos sociales que pudiese terminar con los programas en que ambos estaban trabajando. Puede que Elena quisiera subrayar así el contraste entre mi carrera suspendida en el limbo familiar y su

maternidad suspendida en el limbo profesional, o simplemente la mecha de sus confesiones la prendiera mi manifiesta sensación de tiempo perdido, que ella se esforzaba por relativizar diciendo cosas como ¡pero qué suerte, dos hijos, además niño y niña, y el mayor tan grande!, ¿ves?, ya estás sin las ataduras fuertes de un bebé o de críos muy pequeños, y eso te va a dar mucha libertad para poder trabajar.

Cuando tomé posesión del zulo, en el barrio, lo primero que hice fue llamarla para decirle que había conseguido un trabajo «de lo mío», en parte gracias a ella. Todo había sido muy rápido, sólo hacía seis meses que había acudido a solicitar orientación, y la búsqueda intensiva de empleo que comencé, guiada por Elena, dio pronto sus frutos. Luego a menudo he vuelto a verla entre contrato y contrato, buscando su consejo. En los años que llevo trabajando, Elena ha tenido dos hijas. Me alegré cuando sus compañeras me dijeron por teléfono que no podía atenderme porque estaba de baja maternal.

Ahora que me lo pides, pensando en un caso concreto y reciente que yo haya tenido, se me ocurre el de una mujer diplomada que consigue trabajo de lo suyo justo al terminar los estudios, pero a los pocos años se casa, tiene un hijo y deja su empleo pensando en retomarlo pronto, dice la entrevistada número dos. Pero luego tiene dos hijas casi seguidas, y además su suegra cae enferma con una minusvalía que le impide moverse, así que se la lleva a su casa, para cuidarla. Y la cuida bien, ¿eh?, asume la situación con todas sus consecuencias. Llega aquí tras morir la suegra, en parte aliviada pero también sintiéndose culpable por ese alivio, porque cuenta que fue para ella como una madre. Me dijo que todo el mundo se queja de su suegra, pero que ella había tenido dos madres, la suya y la de su marido, que habían muerto las dos y que en muy poco tiempo se había quedado sin madres. La orientadora vence el sentimentalismo utilizando una habilidad que forma parte de su trabajo, y continúa. A lo que voy: en total, unos doce años sin trabajar fuera de casa, y viene aquí a punto de cumplir los cuarenta, sintiéndose vieja. Porque ésa es otra, lo de sentirse viejas o mayores de lo que son, como si estuvieran perdidas ya para el empleo. A ver: esta mujer tuvo hace años un empleo de calidad, lo

abandonó para cuidar de marido, hijos y suegra, y viene y me cuenta que no sabe hacer nada y que ella ya es muy mayor. Yo, como orientadora, tengo que comprender el valor que tiene todo lo que ha hecho y lo que sigue haciendo, y conseguir que ella lo vea. Además, siempre procuro reírme con ellas, porque están muy tensas, contestan a las preguntas que les hacemos con mucha ansiedad, y creo que es bueno que desde la primera entrevista nos riamos juntas con cualquier cosa, sobre todo intento desdramatizar, les digo por ejemplo, después de haberlas escuchado: ¿que no sabes hacer nada?, ¿y te parece poco todo lo que me has contado? ¡Pero si eres una joya! ¿Vieja, dices, con cuarenta años vieja, con esa cara vieja? ¡Pero chiquilla, si estás estupenda! Para mí la perspectiva de género, que me preguntabas antes, es también eso: deshacer sus prejuicios, saber valorar el currículum oculto de las mujeres y utilizarlo como herramienta, ante el mercado y ante ellas mismas, para lograr las inserciones.

La entrevistada número dos se parece a Elena en su determinación al explicar lo que hace. Ha adquirido experiencia para controlar las emociones y afrontar diversas circunstancias, hasta conseguir que una mujer comprenda que es capaz de hacer mucho más de lo que ella cree, de llegar más lejos de lo que imagina. No sé si tendrá hijos, es posible que no lo mencione a lo largo de la entrevista, donde apenas dará algún dato sobre ella misma. Mis compañeras, las orientadoras expertas en exclusión social que trabajaban en el barrio, han ido siendo madres desde entonces, todas después de los treinta y tres años, como Elena. Tengan o no una madre cerca, una hermana o una suegra que pueda ayudarlas a cuidar de sus bebés, superan cada día una carrera de obstáculos: distancias, horarios, canguros, pediatras, guarderías. Pero están seguras de que no van a dejar su trabajo, temerán perderlo, se esforzarán más ahora por demostrar que a pesar del embarazo y de todo lo que viene después son capaces de seguir rindiendo igual. Estas mujeres no han empezado la casa por el tejado y construyen sus familias preservando su independencia económica, junto a hombres con los que no suelen estar casadas, más o menos de su edad, concienciados con el reparto de tareas y de responsabilidades:

esos a los que vemos en el supermercado haciendo la compra con sus bebés subidos en el carro o correteando alrededor.

La mujer que te digo, por ejemplo, después de venir aquí dedicó un tiempo a ampliar y actualizar su formación, hizo algunos cursos bien escogidos y fue consiguiendo empleos cada vez un poco mejores. Ha sido una inserción gradual hasta lograr el empleo que tiene ahora, con un contrato indefinido, lo que no es fácil, porque se lo ha currado, ¿eh?, y ha puesto mucho empeño, sobre todo ha tenido paciencia. Claro, y también habrá tenido una buena orientación, le digo. La entrevistada número dos se ruboriza. Lo difícil es que se dejen orientar las que desconfían, dice. De qué desconfían, pregunto. Desconfían un poco de todo: de ellas mismas, de nosotras, del mercado. Silencio e intercambio de miradas. El mercado desde luego está como para desconfiar, incluso nosotras (dirige su dedo índice hacia mí, luego hacia ella) no tenemos asegurados nuestros empleos. Asiento con la cabeza. Pero si se les da la oportunidad ellas solas lo acaban viendo, ven sus posibilidades por sí mismas, porque hacen un curso con prácticas en una empresa y funcionan. Valoran y agradecen mucho lo que están aprendiendo, y entonces se entregan, lo dan todo. Tienen muchas ganas de trabajar y de hacerlo bien. En las empresas que las contratan también perciben eso. Algunas de ellas incluso han montado sus pequeñas empresas. Otra vez calla y traga saliva antes de proseguir. Y ver que una mujer se esfuerza, va saliendo de la desconfianza inicial y avanza, cumpliendo algunas cosas que tenía pendientes con ella misma y que no se creía capaz de hacer... Eso es muy satisfactorio para nosotras, dice. Eso te compensa de los problemas que pueda tener este trabajo. Aunque todo ha cambiado mucho con la crisis: hay menos tiempo para detenerse como nos gustaría, estamos sobrecargadas. Le pregunto si acuden ahora más personas. Muchísimas más, sí, y además muchos hombres, que antes apenas solían venir.

La entrevistada número dos recibe una llamada telefónica, me pide disculpas y le digo, apagando la grabadora, que responda sin prisas. Mientras ella habla, reparo en una fotografía pequeña que tiene

enmarcada junto al ordenador: un hombre joven y una niña de unos dos años, que miran sonrientes a la cámara. Cuando cuelga el teléfono le pregunto si la niña de la foto es su hija. Sí, son mi hija y mi pareja, pero la foto es del año pasado, ahora está muy cambiada, tiene tres años ya. Entonces me confiesa que otra vez está embarazada, de dos meses y medio. La felicito, deseándole que el embarazo vaya bien, y pido permiso para encender de nuevo la grabadora porque, aunque ya ha contestado a casi todas las preguntas que quería hacerle, me gustaría que me contara con más detalle cómo percibe la crisis desde su dispositivo. Brutal, dice otra vez, el efecto de la crisis es brutal, todo ha cambiado mucho en los dos últimos años. He tenido que citarte en la única tarde que trabajamos porque a esta hora no atendemos, pero por la mañana no tengo un minuto libre. Se lleva la mano al pecho, bebe agua y me dice en voz baja, señalando a la grabadora, que lo siente mucho pero tiene que ir al cuarto de baño. Apago otra vez.

Cuando se levanta aprovecho para llamar a casa, donde mi hija está sola. Tarda en coger el teléfono, y al hacerlo pregunta que cuándo voy a llegar, porque no se encuentra bien: cree que le ha venido la regla y está un poco floja, como mareada. La noticia me sorprende y me hace soltar una risa nerviosa que intento controlar, mientras le pido torpemente que no se preocupe y me explique por qué dice que no está segura de si le ha venido. Porque es muy poco, sólo una manchita, y yo creo que la otra vez fue más, dice. Le contesto que siempre empieza así, lo que pasa es que ahora se ha dado cuenta antes, y que es mejor que haya sido en casa y no en el instituto como la primera vez. Aprovechando el tono protector y vulnerable de mi voz, me comunica que ya ha terminado de estudiar y pregunta si puede encender mi ordenador portátil para conectarse. Me cuesta decir que sí, pero lo hago. La orientadora se está acercando, endurezco y bajo la voz: que antes de encender nada se lave y se ponga una compresa como le expliqué. Dice algo apesadumbrada, pero sin duda satisfecha por haber sabido aprovechar la ocasión para poder meterse en internet, que no la quiere con alas, porque ésas son más difíciles de poner, y entonces salta mi impaciencia, ¿qué más da eso?, da igual con alas o sin alas, no

es tan difícil, eso es lo de menos, ahora tengo que colgar, llegaré pronto, un beso y cuelgo. La entrevistada número dos se está sentando ya y me avisa de que puedo encender la grabadora cuando quiera. Perdona, me estabas preguntando por la crisis y por los hombres, ¿no? Qué raro ha sonado eso, la crisis y los hombres, ¡todo junto! Nos reímos, pulso la tecla y ella, disciplinada, comienza a hablar.

No sólo son los cambios visibles en su cuerpo, también la independencia. Hace un año era impensable que se hubiera quedado sola en casa, y ahora, desde que va al instituto, ha perdido los miedos difusos que tenía: ya no me hacen falta canguros, mamá, dijo el otro día casi ofendida porque yo iba a llamar a una de las amigas de su hermano, que la cuidan desde hace años, para que viniera a ocuparse de ella, una tarde en que los dos teníamos que trabajar.

Mira: los perfiles habituales están cambiando después de este desplome del empleo masculino… Además, muchos programas específicos para mujeres que funcionaban bien están desapareciendo por falta de presupuesto… Sobrecarga… Desesperanza… Necesidades imperiosas… Políticas activas de empleo… Incapaz de concentrarme ahora en lo que me cuenta la orientadora, estoy calculando mentalmente y descubro que en cuatro meses es la segunda vez que le baja la regla. Doce años. Todo está sucediendo antes de lo que su padre y yo esperábamos.

Acude gente con mucha prisa por trabajar, con unas circunstancias económicas tremendas, muy duras, y demandando mucho más de lo que podemos ofrecer aquí, porque ya quisiéramos nosotras…

La oficina en la que trabaja la entrevistada número dos es pequeña, húmeda y algo fría, apenas tiene adornos, más allá de algunos carteles de jornadas feministas o sobre empleo que ha habido recientemente en Sevilla, y los muebles precisos: seis sillas y tres mesas separadas por mamparas.

A pesar de todo la gente aguanta, y aguanta mucho, está diciendo ahora. Nuestra sorpresa ante lo inesperado hace que veamos frágil a la niña, pero se trata de cambios naturales que la fortalecen. Falta de tiempo, dice. Injusticias, dice. Recuerdo sus huesos estirándose entre

ligeras calenturas y accesos de mal humor, su mirada huraña sin causa aparente o iluminada por una euforia repentina, cuando intenta y no puede parar de reírse, la cara que se alarga suavemente, las redondeces del cuerpo cada vez más acusadas. Veo a la niña mirándose muy seria en el espejo mientras le ayudo a desenredar la melena de rizos que no quiere cortarse, después de una ducha que se ha dado ella sola, con la puerta del cuarto de baño cerrada a cal y canto y la música que le gusta a un volumen altísimo. La debilidad no está en ella: está en nosotros, en nuestra mirada. Tenemos que pensar bien en eso y hablarlo con calma.

En cuanto a los hombres, nada que ver, nada que ver con ellas. No quiero decir mejores ni peores, ¿eh?, diferentes por completo, continúa la orientadora. Ten en cuenta que ellos no están acostumbrados a pedir orientación, porque sus trayectorias siempre han sido más continuas: trabajan desde jóvenes, tengan hijos o no. Un hombre nunca deja su empleo por tener hijos. No es sólo que ellos ganen más que sus mujeres, aunque eso desde luego influye. Es también esa obligación del cabeza de familia que está ahí, la tienen encima desde siempre, y no le quites esto a un hombre que se considera responsable de su familia: si les quitas de un día para otro la posibilidad de llevar dinero a sus casas se desmoronan, se vienen abajo. Sobre todo los que lo han hecho siempre y ya tienen una edad, digamos cuarenta, cuarenta y cinco, de ahí para arriba. Porque también el mercado empieza a rechazarlos por la edad. La experiencia no se valora como debiera. Te hablo de hombres con distintos niveles de sueldo y de todo, porque las empresas que están cerrando ahora dejan fuera a toda clase de trabajadores. La actitud de ellos, aquí, es totalmente distinta. Están viniendo muchos del sector de la construcción, trabajadores especializados que no han parado de ejercer su oficio en años, a los que no les ha faltado el dinero, que han tenido incluso donde elegir, y eso de verse ahora pidiendo orientación...

Mientras bebe un poco más de agua mineral y parece querer ordenar sus ideas para seguir hablando, espero, sin decir nada, a que continúe, sintiéndome cogida por un pellizco en la boca del estómago. A los

hombres les cuesta mucho más pedir ayuda, añade después de su silencio.

No creo que sea ansiedad por la menstruación de la niña, la cual había dejado pendiente de una sencilla conversación familiar. Pregunto a la orientadora que a través de qué canales se enteran ellos del servicio, que cómo llegan aquí. Suelen derivarlos de las oficinas de empleo, que están más saturadas que nosotras, dice, pero en muchos casos son sus propias mujeres, usuarias nuestras, las que los convencen para que vengan. Ellas mismas piden las citas para ellos: prefieren renunciar a las suyas y retrasar sus propios itinerarios con tal de que los atendamos. Si hay un retroceso en el número de beneficiarias no es porque ellas ahora nos necesiten menos, sino porque están dando preferencia a sus parejas.

Yo también sé lo que es un hombre de más de cincuenta años desempleado, acostumbrado a trabajar durante toda su vida y con ganas de seguir. El pellizco en el estómago, la repentina náusea. Muchos no quieren venir, sigue diciendo, vienen más que nada por la insistencia de sus mujeres y porque han agotado ya sus propios canales de búsqueda, han llamado a muchas puertas y tanteado a toda la gente que conocen relacionada con su oficio, vienen porque no hay nada, te lo dicen así: que ahora mismo no hay nada.

Su período más largo de desempleo coincidió con mi vuelta al trabajo. Creo que eso lo hizo todo más fácil para mí. Mientras yo me adaptaba al exterior, él tuvo que adaptarse al interior, pero concentrada en mi puesta al día no fui consciente de su esfuerzo, nunca manifestado con quejas, si acaso con un leve mal humor contrario a su talante habitual, que me contrariaba y daba lugar a broncas.

La entrevistada número dos se endereza en la silla con cierto cansancio y continúa hablando. Cuando empiezas a conversar con ellos, a tantear sus vocaciones y a informarles de toda la oferta de cursos que hay para que se reciclen, en principio lo que encuentras es rechazo, dice. A un hombre le cuesta más reciclarse que a una mujer, no sé, es como si ellos fueran menos flexibles, más rígidos ante el

empleo: tienen que cambiar el chip de los oficios, como digo yo. A qué te refieres, pregunto. Pues a que el que es albañil de toda la vida, o pintor, fontanero o electricista, y es bueno en su oficio, lo que quiere es encontrar trabajo de eso, y les lleva tiempo admitir que se ha terminado ese filón, que a lo mejor es hora de que se dediquen a otra cosa, no sé, energías renovables, agricultura ecológica, un sector diferente, y formarse para que el nuevo modelo que se acerca tampoco les coja desprevenidos.

No era capaz de encontrar las palabras para decirlo, seguramente no las buscaba, no veía necesario expresarlo siquiera. A veces me ofrecía un buen vino y unas aceitunas cuando yo llegaba, y me preguntaba si había ido bien el trabajo. Allí estaba el antihéroe silencioso, fatigado de añorar el trabajo en el exterior, con un ligero malhumor y la cocina oliendo exageradamente a frituras. La niña había comido y el mayor tenía ya sus propios horarios, paraba poco en casa.

Mira, dice la entrevistada número dos: una mujer es capaz de sentarse por la tarde junto a sus hijos pequeños y, mientras ellos hacen las tareas de la escuela, ella estudia en la misma mesa lo del curso al que acaba de apuntarse, sin problemas, es más, incluso disfrutando sus hijos y ella de esa situación. Pero un hombre no hace eso, un hombre quiere inmediatez, ya no es que quiera, es que necesita esa inmediatez, y demorarse ahora en una formación que no está pagada, o que en el mejor de los casos está mal pagada, y además sin un compromiso de contratación... Se les hace un mundo.

Agradezco, mirando de reojo a la grabadora, que esté recogiendo todo lo que cuenta la orientadora, porque cada vez me resulta más difícil concentrarme. Acude a mi cabeza, recién surgida de la boca del estómago, una bronca que tuvimos al final de mi primer año, cuando él empezó otra vez a tener mucho trabajo y a pasar días enteros fuera de casa, y le propuse que buscásemos a una mujer para que viniera a limpiar. Ya estoy limpiando yo contigo, dijo él; sí, pero no lo suficiente, dije yo; cómo que no lo suficiente, preguntó ofendido; porque para ti el polvo y el cuarto de baño, por poner sólo dos ejemplos, es como si no existieran, dije yo; joder, a ver si ahora va a

parecer que tú te llevabas antes todo el día limpiando, replicó elevando la voz, y yo casi gritando que a lo peor su problema no era que viniera a limpiar una mujer, sino que había algo más que él no decía, porque seguramente no le gustaba que yo estuviera trabajando fuera y empezando a llevar mi propia vida, a lo que respondió con su tranquilidad habitual que yo sabía de sobra que eso no era así y además parecía que no veía nada de lo que él estaba haciendo para ayudarme a llevar esa vida propia, pero vale, adelante, busca a una mujer si es que te vas a sentir mejor con una mujer limpiando por horas y sin contrato, tanto como hablas de la discriminación de las mujeres en el trabajo.

Estoy muy contenta con un usuario que llegó aquí sin ganas, dice ahora la entrevistada número dos, empujado por su mujer, con una actitud hostil, muy reticente, y al final aceptó apuntarse a un curso de instalación de placas solares que le gustó, donde funcionó muy bien, porque él es estupendo, un buen trabajador. Aquí le hicimos un seguimiento y su actitud fue cambiando poco a poco, cada vez era más flexible, y al terminar el curso revisamos con él su currículum, lo corregimos, lo ampliamos, él hizo una búsqueda muy activa y ahora está trabajando, de momento gana menos dinero del que ganaba antes, pero tiene más salidas y posibilidades de mejorar pronto. Y ese hombre es ahora el más agradecido del mundo. Pero le digo que todo lo ha conseguido él con su esfuerzo, porque cambió de actitud y se atrevió a dar el paso, dice la orientadora.

Adelante, vale, mete en casa a una mujer... ¿cómo las llamáis, en riesgo de exclusión? Mete en casa a una mujer de las que dejan a sus hijos en su país y se vienen aquí para ganar una miseria. Eso era un golpe bajo que me obligaba a cuestionar el asunto desde otro punto de vista, sin darme tiempo a pensar ni a poder hablarlo con serenidad en ese momento, por lo que respondí torpemente que me habían hablado de una chica española que vivía cerca, tenía un hijo pequeño y estaba buscando una o dos casas más para limpiar, y no pensaba pagarle una mierda, sino lo que ella soliera cobrar. Ya, pues eso, lo que te acabo de decir, eso no cambia las cosas, dijo, moviendo la cabeza como ante

algo inevitable, bajando la voz y aparentando mucha más tranquilidad que yo, lo cual me irritaba más todavía, mientras aseguraba que él no iba a opinar más sobre el asunto y que estaba dispuesto a ver cómo me aburguesaba, y yo añadía, después de reconocer en voz alta que era un trabajo que tenía que profesionalizarse y mostrar a destiempo mi solidaridad con las asistentas de todo el planeta, que no teníamos dinero para contratar a nadie, ni la necesitábamos todos los días, que ellas de momento trabajaban así y yo no podía cambiar eso, y sería una vez a la semana, o menos, porque ya estaba comprobado que cuando él tenía trabajo fuera dejaba siempre de hacer las cosas dentro, y yo no estaba dispuesta a hacerlo todo sola.

Pero éste no es momento ni lugar para recrearme en la prolongación de aquel bucle: me impongo disciplina de entrevistadora y pregunto a la informante número dos qué pasó con la pareja de ese hombre que se puso a instalar placas de energía solar. Hace un gesto afirmativo con la cabeza, como si esperase la pregunta, y me explica que, mientras él hacía ese curso, su mujer continuó en la economía sumergida, limpieza de casas, cuidado de ancianos, y que, como ahora él trabaja, ella tiene algo más de tiempo para su formación y está haciendo prácticas de auxiliar de ayuda a domicilio, con un contrato a punto de firmarse. Los dos han cedido en algo y de esa manera se han turnado para seguir llevando dinero a casa. Tienen cuatro hijos, añade. Ahora ya no nos necesitan, y eso es lo mejor. Bueno, ahí tienes una familia agradecida, ¿no?, pregunto buscando alivio a su nudo en la garganta. Y tanto, no sabes cuánto: ella incluso me llama para darme buenas noticias, porque dice que bastante se ha quejado ya.

Yo sabía que estar trabajando muy poco le quemaba, y procuraba animarle. Me comía sus fritos aceitosos o sus tortillas y aliños demasiado salados diciendo que estaban buenos. Si acaso le sugería, elegantemente, que no se aturrullase con la sal, que si tenía dudas era mucho mejor quedarse corto que pasarse, que ésa era una regla de oro en la cocina y además a mí no me gustan las comidas saladas. Pero contestaba con gran seguridad, sin haber apreciado la elegancia de mis matices, que con eso no estaba teniendo problemas: que lo más difícil

era calcular la temperatura del aceite antes de echar el alimento, para no salpicar mucho. Eso me hacía recordar las primeras croquetas congeladas y un segundo después arrebatadas, y el delantal masculino que le regalé por el día del padre, harta de lavar sus camisetas manchadas de aceite. Me obligaba así a recordarle que existían técnicas más saludables y menos agresivas, como el asado, el guisado o el cocimiento al vapor, y que yo podía enseñarle algunas recetas fáciles, pero él venía a decirme que no me preocupase, que lo del aceite era cosa de hacerlo tres veces más y ya estaría controlado. Al final lo resolví cocinando yo misma varias recetas a la vez y congelando para repartirlas a lo largo de la semana. Mientras tanto él aprendió a limpiar a fondo la cocina —lo hacía mejor que yo— y empezó a planchar más a menudo. Siempre había planchado mucho mejor que yo, aunque con menos frecuencia. Seguramente no me esforcé demasiado para interpretar su mal humor.

La orientadora repite que los hombres son diferentes, que requieren otras estrategias, pero... Ahora reprime una lágrima que quiere salir, mueve la cabeza y guarda silencio contra su voluntad, como si le faltara la voz. Sí, pero qué, pregunto al cabo de un largo minuto, a qué te refieres. Bueno, pues a que estos casos con final feliz que te estoy contando son los menos, y a veces, sobre todo últimamente, tengo la sensación de que casi nada depende de nosotras. Depende de ellas, de ellos, de las empresas y personas que van encontrando en el camino, del mercado. Otra vez el mercado, pienso sintiendo una fatiga repentina como la que intuyo que ella misma siente. Porque lo que más ves son abusos hacia los trabajadores, continúa la entrevistada número dos, condiciones muy malas, gente que no puede salir adelante con facilidad aunque pongan empeño y aunque sean muy válidos. Muchas veces te vas a casa mal, y tienes que aprender a desconectar un poco, porque si no... No sé, a lo mejor no debería decir estas cosas en esta entrevista.

Estar todo el tiempo teniendo que interpretar algo que no se verbaliza es capaz de quebrar las energías de cualquiera, y a veces más de veinte años con un hombre siguen siendo insuficientes para

entender a todas horas lo que hay detrás de sus silencios. Una va dejando de hacer el esfuerzo. Resulta agotador intentar adivinar si está bien o está mal, cómo se siente exactamente en algunos momentos, por qué cuando ha pasado algo conmovedor su rostro mantiene una expresión que puede querer decir cualquier cosa. De vez en cuando incluso avergüenza volver a deshojar la misma margarita, me quiere todavía o no me quiere ya, porque cuando una siente que lo quiere todavía se lo suele decir, y cuando siente lo contrario, también. Le gusto como antes o... Es estúpido ser víctima de esas dudas pueriles mientras él vive acomodado en sus apáticas certezas, creyendo que sabes en todo momento la respuesta a todas esas preguntas que es muy posible que él no se haga respecto a ti, y lo sabes porque te lo ha dicho ya mil veces, como en aquella cena fuera de casa, sin hijos, donde te dijo que estabas muy guapa y que eras la única mujer que... ¿De verdad hace ya dos años?

Vamos a terminar pronto, no quiero cansarte, pero precisamente esto que dices es importante para nosotras, saber cómo te afectan estos procesos, conocer un poco mejor la parte subjetiva del trabajo de orientación que hacéis, me has hablado antes de satisfacciones y ahora me hablas de cierto desencanto, o impotencia, no sé cómo definirías esos sentimientos a los que ibas a referirte. Me gustaría también que me contases qué armas utilizas para defenderte de ellos.

Yo llegaba a casa queriendo desconectar y ahí estaba él, después de haber frito pescado o cualquier otra cosa por primera vez en su vida, esperándome para saber cómo me había ido, para que yo le hablase del barrio. No es que estuviera desesperado ni pidiendo un hombro sobre el que lloriquear, pero se veía que tampoco disfrutaba de sus experiencias domésticas. Entonces le recordaba que tenía que acostumbrarse, que se estaba adaptando a una nueva situación y no sería igual siempre, que él volvería a trabajar. A veces tienes que apechugar con lo que venga, porque es lo que hay que hacer en ese momento. Tampoco yo había sido un ama de casa plañidera.

Mucha paciencia creo yo, tener paciencia, saber esperar, tener presente que los cambios son lentos, sobre todo en esto del empleo: los

cambios a mejor son muy lentos, siempre lo han sido, pero ahora más. Los cambios a peor suceden mucho más rápido, basta que se termine tu contrato o ser despedida para comprobar que esto es así.

Basta que le suceda a tu hija por primera vez para hacer el esfuerzo de recordar cómo era, aunque no, lo tuyo fue pánico porque no te habían explicado nada, y lo de ella es solamente asombro. Lo único que has conseguido ha sido cambiar el pánico por el asombro.

Los sentimientos, bueno, no sabría cómo explicártelos. Es una mezcla de todo. Aprendes a encarar situaciones nuevas, a animar a la otra persona, aunque lo que le esté sucediendo sea para llorar y te desanime incluso a ti.

El viernes todo el proceso se hacía ya muy pesado y a veces él salía con un amigo o yo me iba a escuchar jazz y lo dejaba en casa con la niña, viendo más fútbol o escuchando más música de lo habitual, dándose por perdido quizá para el trabajo exterior, pero extrañamente cariñoso cuando yo regresaba de las *jam sessions*.

Alguna vez me he tenido que ir al cuarto de baño con cualquier excusa y allí he llorado, esas cosas ya no me pasan, me pasaban al principio, y eso que todavía no había empezado la crisis, pero yo era más inexperta y...

A veces las entrevistadas se quedan calladas en medio de una frase y tú sientes que no debes decir nada, sólo esperar, tal vez mirar de nuevo los carteles que cuelgan de las paredes húmedas. La menstruación de la niña te afecta como si fuera propia, por lo menos te está haciendo subir y bajar con rapidez el estado de ánimo de una manera alarmante, sobre todo teniendo en cuenta que estás en medio de una entrevista. Tenemos que aprender a controlar los estados de ánimo, dice ahora, como si me estuviera leyendo el pensamiento de una forma literal que casi me asusta, y no dejar que cuando llegues a casa esto pueda contigo. Tampoco es tan difícil, no quiero dramatizar, añade.

Para ella comienzan los bailes cambiantes, será mejor no transmitirle el fastidio que la regla puede suponer, sino agradecer que su cuerpo responda y goce de buena salud. La entrevistada número dos

sigue hablando. Ha dicho palabras como tristeza, desde, alegría, debilidades, entonces, desconexión, crisis. Se te aparecen sus últimos cambios físicos como a cámara rápida, tus propios cambios físicos a lo largo de décadas, recuerdas prendas de ropa manchadas, aquellos pantalones vaqueros que no te quitabas casi ni para dormir y tenías que abrocharte tumbada en la cama boca arriba, y te entran ganas de comprarle ropa interior nueva, puede que lo hagas ahora, cuando termines, de camino al metro.

De repente le veo cara de embarazada cansada más que de orientadora laboral y decido que no voy a hacer más preguntas, sobre todo porque ha contestado muy bien a lo que estábamos buscando. Está bastante pálida, o quizá sea un reflejo de mi propia palidez, como si una hemorragia me hubiera ido debilitando en este tramo final de la entrevista, mientras que ella habla ahora entregada, en un tono casi íntimo. Me va a gustar esta parte de la grabación cuando la escuche detenidamente.

Lo que tienes también lo valoras más, incluso la educación que has recibido, porque solemos estudiar una carrera sin darnos cuenta de la oportunidad que supone, ni de que es algo que no está al alcance de todo el mundo, y ahora eso me está permitiendo trabajar aquí, poder ayudar y hablar con mujeres que no han tenido esas oportunidades y de las que aprendes muchas cosas que tampoco en la universidad se pueden aprender, así que lo valoras todo de otra manera, y tus puntos de vista cambian, dice la orientadora.

No dejarnos llevar por los huracanes de hormonas que nos arrasan, toda la vida intentando domeñar esas inundaciones que una y otra vez regresan y te erosionan.

Te sirve también para estar alerta sobre lo que vayan a hacer tus hijos, parece como si este trabajo te fuera dando pistas sobre cómo los puedes empezar a ayudar desde ahora. Lo que venga me da igual, dice señalándose la barriga, si es niño estupendo, y si es niña también, voy a tener dos hijas, o una hija y un hijo, pero los voy a educar para que se puedan abrir camino y sean buena gente, ¿no?

Hemorragias que también te van limpiando por dentro, de todos

modos. Que allanan el camino para permitir los cambios.

Espero que quedaran compresas sin alas, y un problema menos. Le pilla todo esto sola en casa. Creo que unas braguitas y un sujetador le gustarían, me parece que mi madre también me regaló bragas, la verdad es que no sé si es una ocasión apropiada para hacer regalos, se trata sencillamente de un proceso laboral, natural quiero decir, proceso laboral es lo que ha dicho al unísono con mi pensamiento la entrevistada número dos, que continúa hablando, y a la que miro sin escuchar como debiera. Está delgadita todavía, se ve que por constitución es así, pero algo se le nota, será porque se toca la barriga sin darse cuenta, ligeramente inclinada hacia detrás. La niña se la estará tocando ahora ligeramente inclinada hacia delante. Le haré una infusión de hierba luisa cuando llegue, para suavizar, y no hablaré de dolor si ella no lo menciona.

Dentro de unos minutos la entrevistada número dos dará un suspiro de alivio al despedirme, cerrará la oficina y se parapetará tras la indolencia de las gestantes, con esa facilidad para desviar la mirada hacia el interior y olvidar sus últimas palabras: me temo que ahora mismo, no sólo yo, sino cualquier orientadora de cualquier zona de Sevilla con la que hables, te dirá que no tenemos muchos casos con final feliz, no, abundan más los casos tremendos, difíciles, por el desempleo, dice, por los abusos empresariales, por la falta de contratación, que es brutal, dice.

Estamos las dos solas en el local de las oficinas de orientación. Recojo mis cosas y espero a que ella recoja las suyas, lo apague todo y cierre. Hacemos comentarios sobre la humedad que empieza a sentirse allí y me cuenta que es porque el río está cerca, el edificio es antiguo y hace tiempo que no lo reforman.

En la calle nos despedimos con dos besos, le doy las gracias por su paciencia y ella me da también las gracias a mí, sin que yo crea merecerlas.

Empieza a hacer frío. Cambiaron la hora hace unos días y ya empieza a oscurecer a las seis y media de la tarde. Puede que la ligera oscuridad de fuera la haga sentirse más sola en casa, todavía le quedan

esos ramalazos de temores infantiles, por mucho que aparente lo contrario. Pero no: seguramente ahora tiene la cara iluminada por el parpadeo de la pantalla del ordenador, se habrá metido en las redes a contarle a sus amigas que le ha venido otra vez, y ellas estarán arropándola con mensajes cibernéticos de palabras incompletas, puntuaciones caprichosas y signos de exclamación que la reconfortarán, por eso decido no llamarla por teléfono, me paro en una tienda de ropa y, tras mirar varias opciones, le compro tres braguitas altas, blancas y azules, a juego con un sujetador celeste de su talla que le puede gustar.

Conforme bajo las escaleras del metro voy hundiendo la mano en la bolsa para tocar las prendas suaves y me lamento por no llevar algo de abrigo. El vagón viene lleno de gente. Me sumo al resto de pasajeros sin mirarlos, todavía con el nudo del estómago, que ahora siento subir a la garganta. La voz de la entrevistada número dos viene conmigo, se abre camino marcando dentro del túnel su propia cadencia. Mi marido está hoy trabajando en Córdoba, y no volverá hasta dentro de una semana. Me apetece mucho llamarlo para contarle lo de la niña, pero no quiero hacerlo aquí, entre personas a las que no conozco.

Cuando hago trasbordo en San Bernardo hacia el tren de cercanías, el eco de la voz de la orientadora se va haciendo más débil por los pasillos llenos de gente, pero aún sigue sonando conforme subo las escaleras mecánicas.

En los momentos posteriores a las entrevistas fijas poco tu mirada alrededor, concentrada en escuchar esos ecos que aunque se vayan apagando todavía resuenan y volverán a resonar con fuerzas renovadas en tu cabeza.

La impaciencia por llegar irá creciendo conforme vayan cesando los martilleos del eco. Sentada y rodeada de zapatos de gente desconocida, escribes en el teléfono móvil un mensaje a tu hija diciéndole que estás llegando ya, y justo cuando lo envías te dices que no era necesario hacer eso para tranquilizarla a ella, que tal vez lo hayas hecho para tranquilizarte tú.

Cuando bajas del tren al frío recorres el camino deseando estar ya

en casa, cruzar la última calle y ovillarte en tu rincón cálido y seco, bajo tu techo sólido, donde la niña te espera con un nuevo malestar que la hace fuerte.

Allí la abrazas y conversáis más tiempo y en voz más baja que de costumbre, y entonces se va deshaciendo el nudo que te subía del estómago a la garganta y sale ahora por la boca, haciéndote cerrar un segundo los ojos y comenzar a respirar mejor.

Sin dejar de mirarla contienes las ganas de abrazarla otra vez o de hacer más preguntas, para que no se incomode.

Te concentras en las evoluciones de su rostro mientras te cuenta con pelos y señales cómo comenzó todo, qué ha hecho ella, cómo se ha sentido, qué le han dicho sus amigas por internet, y tú vas olvidando la otra conversación casi sin darte cuenta, de manera natural, como llega la noche.

Rosario Izquierdo Chaparro (Huelva, 1964) estudió Ciencias Políticas y Sociología en la Universidad Complutense de Madrid. Ha trabajado como socióloga realizando y publicando estudios e investigaciones en el campo de la exclusión social y el empleo femenino. Actualmente vive en Dos Hermanas y trabaja en la ciudad de Sevilla.

Edición en formato digital: abril de 2013

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de cubierta: Marc Cubillas / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de la cubierta: Composición digital a partir de imágenes de © Shutterstock

Publicado por Caballo de Troya, un sello de Penguin Random House Grupo Editorial

ISBN: 978-84-15451-23-5

Conversión a formato digital: M.I. maqueta, S.C.P.

Índice